

Muerte en el quirófano

Mary Jezz

MARY JEZZ

MUERTE
en el
QUIRÓFANO



Capítulo 1

PACIENTE 0

—¡Siguiente!, ¡Milena, haz que pase!

La joven secretaria se sobresaltó con la voz rasgada del doctor Serge Cavalli ordenándole llamar al siguiente paciente. Sus dedos se movieron con la rapidez que le proveía la práctica a través de los gordos folios color crema ordenados en orden alfabético en los gabinetes que fácil, podrían tener los cincuenta años que llevaba el hospital. No tardó mucho hasta encontrar la carpeta de la persona que seguía: un hombre, pasados los cuarenta, que poco reconocía. «Ha de ser nuevo», pensó Milena mientras sus dedos tecleaban en el antiguo computador los datos del señor.

—¡Héctor Ramírez! —llamó, fuerte para que el doctor Serge estuviera atento. Repitió—. ¡Héctor Ramírez!, consultorio tres.

El hombre se levantó con lentitud, desperezándose de una aparente siesta. «Y con razón, si el doc se ha demorado más de lo normal». Con una gentil mueca le indicó cuál puerta debía atravesar; el paciente, correspondiendo la amabilidad de la señorita, inclinó la cabeza a modo de agradecimiento y absorta en la cojera al andar y el deteriorado aspecto, se le quedó viendo con atención hasta que desapareció por el pasillo, donde sus ojos no alcanzaban el panorama.

Por un instante algún extraño sentimiento parecido a la congoja le golpeó el pecho, y el mismo frío que sentía cada vez que se despertaba unos minutos más de la cuenta para ir a trabajar le recorrió de arriba abajo cuando escuchó el fuerte golpe de la puerta al cerrar.

Carraspeó un par de veces, obligándose a concentrarse en los papeles que tenía en frente: el doctor Serge Cavalli tardaría al menos una hora con el hombre.

—Ventajas de tener un hospital privado, supongo.

Aunque claro, todavía no se acostumbraba a que a pesar del prestigio del que humildemente gozaba Serge, no hubiera suficientes médicos... o personal, para completar las vacantes que permanecían abiertas desde hacía diez años; las enfermeras podían contarse con los dedos de la mano, y nunca coincidían con el horario del doctor Cavalli. Haciendo caso omiso a los entrometidos pensamientos, hundió la cabeza en las hojas y

tecleó un par de notas más. «Solo por si acaso, para no molestar al doc».

*

—Doctor Serge Cavalli, el placer es mío. —No atendió a la mano que Héctor le ofreció y en cambio, le indicó con un mudo gesto que tomara asiento.

Cara a cara, clavó los ojos en la azulada cara rechoncha del paciente. «De seguro ha traído sus cigarrillos». Molesto por tal falta de respeto en su propio consultorio, forzó una larga sonrisa que apretó hasta que los labios se le pusieron blancos.

Una fina capa de sudor hacía brillar la frente de Cavalli y lucía incómodo con aquella visita, más de lo normal.

—¿Qué le trae?

Héctor torció la boca en señal de inconformidad. Había solicitado asistir con aquel doctor por la buena propaganda que tenía y más aún, por el amable proyecto que había iniciado hacía un tiempo.

Sin embargo, ¡bien podría tomarse la molestia de verle a los ojos!, ¿no?

Tosió.

—Doctor, vine por el programa suyo. A que me revise, últimamente me he sentido decaído, casi sin aliento.

Serge le detalló tanto como el escritorio entre ellos se lo permitió.

Héctor volvió a toser.

Había algo extraño. Desde hacía mucho que siempre permanecía aquella sensación de que le acompañaba a todos lados el aroma de algo desagradable, descompuesto. Pese a ello, por primera vez en años algo lograba atravesar el hedor: el fuerte olor a límpido y los productos de limpieza que solía usar su mujer en vida y creyó haber olvidado luego de tanto.

—Cómo no, don —soltó, como si fuera una broma.

El hombre entornó los ojos, confundido.

Serge captó el desconcierto en el gesto del viejo y se inclinó más hacia él, para evitar que quedara información sin retener.

Las ojeras del médico se pronunciaron más cuando Héctor le vio de cerca, y calló la queja que venía formándose desde que pisó el consultorio.

«Bueno, debe haber trabajado durante horas».

Aun así se preguntó, extrañado, el por qué provenían de él los mismos fuertes aromas del resto del cubículo.

—Don, le queda poco tiempo de vida —señaló con frialdad la cruel sentencia, trayéndolo a la tierra de inmediato, como si le hubieran volcado una tonelada de agua helada por encima.

Héctor palideció y la boca se le abrió con torpeza como si se esforzara en que el aire le entrara a los cerrados pulmones. «No puede decirme tal cosa, doctor Cavalli», gimoteó como un chiquillo; sin embargo, Serge volvió a sonreír, esta vez tan genuino como lograba en pocas ocasiones, pensando en que a ese paso, se desplomaría antes de que pudiera poner sus manos en el inflado cuerpo. La idea se le hizo divertida, pero estaba demasiado ocupado con otros asuntos como para cargar con más obligaciones a la vez si no era del todo necesario.

—Respire, señor, respire —ocultó la carcajada detrás de ambas manos, simulando seriedad—. ¿Sabe?, déjeme contarle una historia. Se trata de cuando era un niño.

El hombre, que poco a poco recobraba los colores, le miró confundido. ¿Una historia?

Serge hizo una pausa larga.

Héctor le vio tragar saliva; la leve molestia que percibió antes en él, se había transformado en una notable incomodidad. Los ojos se le hundían y se encorbaba al apoyar la espalda contra el asiento.

—No vaya a negarse, don, que quiero tener una conversación... y no ando de humor —añadió—. Quizá no sea usted el único en esa condición

Ni siquiera pudo pensárselo unos segundos más, cuando comenzó a hablar.

*

—¡Mi señor! —La joven criada corrió por las escaleras sin que sus pies tocaran casi el suelo, sin temor a caer. Sabía que si tardaba un minuto más el castigo sería terrible; tenía el labio destrozado de tanto mordérselo a causa de la ansiedad. Era la quinta recámara en que buscaba sin señales del dueño de la casa. ¿Cómo se le ocurría decir semejante cosa?, que «salía por una llamada importante». ¿Qué podría ser más importante que

el nacimiento de su hijo? Apuró el paso, sin miedo a tropezar—. ¡Señor Carlo!, ¡su mujer, pronto!

Ante dichas palabras, la cabeza de Carlo Cavalli se asomó, abrupta a través de la pequeña ventana que daba al salón de invitados y preso de la adrenalina, se deshizo del teléfono y libros que cargaba encima y corrió junto a Fátima, que si no fuera por la emoción del momento, ella misma se habría apaleado las manos por haberlas puesto sobre las finas prendas de su Señor.

—¿Cómo está Renata? —jadeó al subir los escalones, primeros indicios de que la edad y el cigarro le comenzaban a cobrar factura.

—Tiene muchos dolores, Señor Carlo —chilló—, la partera dice que eso es normal, pero yo no recuerdo que el niño Serge le diera tanta guerra a la Señora.

—Tuvo otros dos partos difíciles mi mujer —confesó con el aire justo para apenas hablar, mientras borraba de sus recuerdos a sus otros dos hijos, ambos nacidos sin vida.

Un par de zancadas de más. Los gritos de Renata de Cavalli aumentaban en intensidad y escucharlos era desgarrador, supo Fátima al ver el rostro de Carlo, a pesar de los tantos partos que había asistido en su larga carrera. Pocos pasos extra, y entraron en la habitación de la mujer: tenía el cabello rubio enmarañado sobre los gordos almohadones y una fina capa de sudor bañaba todo su cuerpo. Se retorció con cada contracción, y Carlo notó en menos de un par de minutos que las fuerzas empezaban a fallarle.

Con la saliva atragantándole, se remangó la costosa camisa y se acomodó de prisa junto a la partera, llenándose de la sangre de su esposa de inmediato. Para entonces, la comadrona tenía en manos la cabeza del bebé y de un tirón sacó el resto del cuerpo.

—¡Con cuidado, mujer!

—¡Pues! —replicó con el mismo tono—, ¡si tanto le preocupa lo que hago, haberla atendido usted mismo, doctorcito!

Carlo arrugó el entrecejo, molesto. ¡¿Cómo no iba a saber que atender al familiar traía mala fortuna?! Por supuesto, le sería fácil tirar como si se tratara de una mala hierba. «No se quedará así», gruñó en silencio.

—¡Es un varoncito! —gritó Fátima, tomando al bebé en brazos, acunándolo. La amenaza en la cabeza de Carlo se esfumó y en cambio, el

llanto del pequeño hizo que se le humedecieran los ojos.

—Ah, mi pequeño Martín, como su abuelo —exclamó, cargando en brazos a la criaturita. Una segunda voz detrás suyo le hizo girar: se trataba de su primogénito, Serge. Se había acercado por los gritos de su madre y ahora observaba detrás del marco de la puerta tanteando qué tan invitado era a seguir, tan lleno de curiosidad como de asombro.

—¿Papá?

—Acércate, ven, conoce a Martín —le animó con una sonrisa. Serge caminó con sus cortas piernas hasta abrazarse a una de las piernas de su padre y esperó a que lo tomara en brazos como solía hacer.

En vano.

Confundido, se cruzó de brazos en señal de protesta.

—Lo siento, hijo, ahora tengo las manos ocupadas. —Volvió a ver la carita arrugada de Martín. Enternecido, ignoraba el silencioso reproche de Serge.

«Ya se le pasará», supuso. No era la primera vez, y de seguro tampoco la única, que hacía una de esas pataletas; era demasiado inteligente cuando se lo proponía y ello incluía el saberse ganar la atención de sus padres.

—¡Doctor Carlo, rápido!

El llamado precedió a un segundo grito, esta vez con la desgarradora voz de su mujer. Tan rápido como pudo, dejó al bebé en brazos de Fátima y corrió hasta la partera. Renata se retorció del dolor mientras la comadrona tiraba los últimos restos del embarazo, con las manos empapadas en sangre, más de la que le habría gustado ver; temblaba, casi como si convulsionara, y la piel de las extremidades empezaba a palidecer. El fuerte olor del hierro llenaba la habitación aunque las ventanas estuvieran abiertas de par en par.

Tomó de la mano a su esposa, notándola fría como nunca mientras veía el charco a sus pies. ¡Maldita había sido la hora en que aceptó el capricho de Renata de no volver a pisar una sala de cirugía! No tenía nada, inada!, solo unos trapos ya inútiles y la mano que con desespero masajeaba el vientre en el que su hijo había reposado. «Renata, ¡maldición!»

—¡Haga algo, señora! —Iba a dejarle moratones ahí donde apretaba. «Ayúdeme, señor, ayuda», gritó la partera en respuesta. A su pesar, soltó la mano que la sujetaba y sin aviso, la metió en las entrañas de su mujer,

llenándose de su sangre hasta el codo.

Renata volvió a gritar más fuerte cuando sintió que se partía en dos. Era extraña la mezcla del dolor y el desvanecimiento: ya casi no podía mantener los ojos abiertos, y escuchaba sus propios alaridos como ajenos. Le ardía el cuerpo y sentía que se le congelaba, al mismo tiempo. Con el corazón achicharrado, tuvo plena conciencia de que no le quedaba mucho.

Buscó entre los cuerpos presentes la silueta de su esposo en medio de sus piernas: se acordó de la primera vez que tuvo sexo con él, pero en esta ocasión no hubo suficiente sangre como para que se le ruborizaran las mejillas. A su lado, sujeto a Fátima, los grandes ojos de Serge le observaban sin parpadear. Le pareció que estaba casi absorbiendo cada momento que pasaba, y tuvo miedo por lo que sería de él. «Ay mi pobre muchacho», los labios se le movieron sin sonido alguno.

Las líneas se tornaron difusas en el instante en que el dolor desapareció. Trató de alargar la mano, e imaginó que alcanzaba a sus dos pequeños, que los abrazaba y dejaba en las mejillas tantos besos como para cubrir los años que pasarían en su ausencia; sin embargo, todo quedó en su mente.

—Por favor, Renata, mírame, mírame, no cierres los ojos!

No volvió a mover la cabeza. Cerró los ojos, guardando aquel último vistazo, y descansó.

La tierna infancia de Serge Cavalli acaba luego de la trágica muerte de su madre después de dar a luz a su segundo hijo, olvidado por su padre y rechazado por los que le rodean.

Ahora, contratado como médico en el viejo hospital de un pueblo donde ocurren extrañas desapariciones y perseguido por el fantasma de su madre, urde un plan para obtener lo que cree merecido después de tantos años, mientras se ve obligado a mantener oculta su propia maldad.

Capítulo 2

PACIENTE 1

La tragedia volvió a golpear a la familia poco más de medio año después de la partida de Renata, cuando don Carlo Cavalli respiró por última vez, víctima de un agresivo cáncer de pulmón que había sido descubierto demasiado tarde. Fátima fue la única que no se sorprendió al recibir la funesta noticia: el pobre hombre desde que se volvió viudo dejó de atender pacientes. «Mis manos están manchadas, niña», solía responder ante sus vagos ánimos de que volviera a vestir la impoluta bata que colgaba en el armario; dejó de jugar con Serge e incluso con cada semana que transcurría, pasaba menos tiempo con el pequeño Martín. El luto se transformó en una severa depresión, y la criada supo entonces que si no hubiera sido la enfermedad, habría sido la pena.

Aun así, eso no le quitaba lo extraño que se sentía ver la casa sin sus Señores, y derramó varias lágrimas al ver al buen Carlo partir, a sabiendas de que ahora era ella quien estaba a cargo de los dos herederos del apellido Cavalli, el mayor que apenas rozaba los diez años y el menor, todavía un bebé de brazos.

—Necesito que te comportes, Serge —le dijo la primera noche, con mil cosas en la cabeza como para que consolarlo fuera prioridad—. Iré a alimentar a Martín y luego prepararé algo de comer para los dos.

Serge levantó la mirada de un viejo libro al sentir la temblorosa mano de Fátima acariciando los rubios mechones de cabello. En otro momento, quizá habría pensado que era divertido verlo con aquella enciclopedia que casi era tan grande como él. Llevó los dedos hasta sus ojos y secó las lágrimas, procurando que su congoja no fuera tan notable.

—¿Te gustaría algo en especial? —preguntó a la salida, con el silencio como respuesta. Esperó un segundo más y en vista de que yacía clavado en las diminutas letras de las hojas, dejó de insistir y se marchó.

Apenas escuchó los pasos alejarse, Serge volteó el cuello con fuerza hacia la puerta, con el corazón bombeándole con fuerza y los ojos enrojecidos. Muy dentro de él, sabía que su padre no volvería a casa: lo había recogido la misma cuna de madera que se llevó a su madre, y hasta el momento no tenía ninguna señal de que ella volvería, por más que la esperara envuelto entre las cobijas a la hora de dormir.

La hora de la cena se convirtió en una eternidad. Martín no hizo más que llorar y Fátima Costa, el aparente reemplazo de sus padres, solo tuvo la

atención puesta en él, dándole suaves palmaditas mientras lo cargaba a través de toda la sala. Ni siquiera cuando simuló llorar volteó a verle, sino que se limitó a regañarlo: «Deja de ser tan consentido, Serge, ya estás grande para eso».

Otra vez con los ojos ardiéndole, llegó a la conclusión de que era como si no existiera. Mas no dejaría que esa criada que se aprovechaba de la comida y cómodas camas de su casa lo aislara de tal manera; leyendo brevemente uno de los textos de su padre, había aprendido un nuevo concepto: muerte.

Se le hacía fascinante. Si muerte les ocurrió a ambos, ¿por qué no vio en él aquel líquido hipnótico que tuvo su madre?; la curiosidad, propia de la edad, hizo imposible mantener sus pensamientos en privado.

—Fátima, imírame! —insistió por tercera vez. Al final, la joven criada volteó con ambas cejas levantadas. Había envejecido mucho en los últimos meses.

—¿Sí, Serge? —respondió, descubriendo en sí misma un leve sentimiento de culpa.

—¿Mamá y papá tuvieron muerte? —soltó.

La repentina pregunta casi logra que Martín se le resbalara de los brazos y se vio forzada a dejarlo en la silla para niños. Pestañeó varias veces buscando asiento, en un intento de salir del asombro.

—¿Cómo dices?

—Que si mamá y papá tuvieron muerte —repitió luego de tragar el último bocado. La voz le salió impaciente—, y cuándo volverán. Me aburro.

Fátima Costa pasó saliva con fuerza. En definitiva, todo esto era demasiado para alguien de su edad, siendo apenas poco más de cinco años mayor que el primero de los Cavalli; no tenía corazón suficiente para exponer las palabras que sellarían el asunto. La despedida de la Señora Renata había sido demasiado difícil, le era inhumano decirle adiós a Carlo también.

—Ah, Serge —murmuró, acercando su silla a la de él. Lucía complacido de obtener la atención de nuevo, y supuso que para alguien que solía ser el centro del mundo hacía unos meses, la situación era de lo más complicada—. Tus padres han ido a algo así como un... viaje. Y me temo..., que pasará un tiempo hasta que vuelvan a encontrarse. Lo siento, mi pequeño.

Luego de eso, se levantó como si hubiera recibido el llamado de su Señor y se marchó.

*

En cama, no pudo hacer otra cosa que no fuera pensar en las palabras de Fátima, y estaba bien así, hasta que el horroroso llanto de Martín le taladrara la cabeza. ¡Y cómo no iba a lamentarse así, luego de haberla escuchado! Casi, casi, sintió lástima por su pequeño hermano. Al menos él había conocido a su madre, tan amorosa como ninguna otra persona.

—Se lo merece —susurró a la soledad de su habitación, con las manos apretadas en una porción de cobija enrollada—. Si Martín no hubiera salido de mamá, ella no tendría muerte.

Muerte. Qué fascinante concepto.

»Debe extrañar a mamá.

Y entonces, una brillante idea se le cruzó por la mente: ¿por qué no juntarlos de nuevo a su hermano y ella? De paso, podría ver a su padre, si es que se encontraban en la misma muerte, o viaje, según Fátima.

Claro, era una idea estupenda, después de todo, Carlo siempre le recordaba que un buen hombre cuidaba de los más pequeños. Martín volvió a llorar, más agudo, más insoportable.

«Puedo ayudar».

Bajó de un salto de la cama, percibiendo de inmediato el frío del suelo bajo su piel. No debía hacer más ruido del que ese bebé llorón causaba ya, por lo que empezó a andar en las puntas de sus pies, esquivando todos los mesones y giros en el pasillo, con el extremo cuidado de una misión secreta.

Pasó victorioso frente a la entrada de la recámara de Fátima al no haberle sorprendido fuera de la cama. Hasta escuchaba sus ronquidos en los breves segundos en que Martín dejaba de lloriquear. ¿Cómo era capaz de dormir, con tanto ruido?; sin respuesta, aceptó la sola fortuna que le seguía el paso en su camino y se adentró en la habitación. Al lado de la enorme cama se movía la cuna con el viento que soplaba, meciendo al pequeño en un suave vaivén.

«Cerca».

Con esfuerzo, escaló el peldaño que le ponía por encima de las más altas barras de madera que resguardaban a su hermanito. «Como la jaula de un canario». El aire le removió el cabello y la piel de los brazos se le erizó; la noche estaba tan fría como la mano de su madre cuando el cuerpo se le vació por completo. Se permitió unos minutos para contemplar la silueta debajo de la manta, cómo se retorció de vez en cuando antes de volver a sollozar; era blando, debilucho e incapaz de siquiera salir de esa improvisada prisión que lo mantenía cautivo.

—Hola, Martín. —Debía de extrañar a mamá. Las azules esferas, idénticas a las de padre, reflejaban su mismo pesar—. Soy tu hermano y te voy a ayudar, así no tendrás que llorar toda la noche, porque haces demasiado ruido y no se puede dormir.

El brote de una sonrisa que fue incapaz de guardarse para sí se volvió tan amplia como el rostro se lo permitió, y cogiendo uno de los peluchitos que Fátima había raptado sin preguntar de su habitación para dárselos al nuevo faro de la casa, se tiró encima de Martín.

—No tengas miedo, te gustará mamá.

Y además, pensó, su comida era mil veces mejor que los menjurjes que Fátima preparaba.

Se agitaba tan fuerte como podía bajo el peso del cuerpo de Serge, sentado a horcajadas rodeándole el torso para que no huyera, como si acaso pudiera. Martín se sacudía sin poder escapar del peluche que le cubría toda la cara y el llanto de antes, insoportable, ahora era apenas perceptible.

Por un instante le inquietó la idea de que aunque mínimos, los ahogados quejidos fueran suficientes como para despertar a Fátima, a pocos metros de ambos. Con todo lo que le escandalizaba, apostaría lo que fuera a que le prohibiría acercarse para siempre al gordo bebé que trataba como propio. No era la primera vez que lo sorprendía junto a él, y en cada ocasión lanzaba un grito al aire, con la cara llena de mil colores.

«¡No puedes jugar así, maldito niño!», solía decir, mientras le daba palmadas en sus manos.

¡No era así!, y lo que pensara estaba mal. ¿No le ayudaba así a ella igual? Podría destinar el excesivo tiempo que cargaba con Martín en brazos para volver a jugar con él como hacía antes, cuando quedaban solos en la gigantesca casa.

Apretó con más fuerza, sirviéndose de la diferencia de tamaño.

Mentiría si al día siguiente se viera enfadada: la había escuchado varias veces sin que se diera cuenta. Cada queja, cada «ojalá»; el deseo de partir de viaje con su familia, aparentemente al otro lado del país. Mejor aún, podría llevarle con él. Extrañaba las aventuras con su padre.

Una sacudida más.

Martín dejó de patear al cabo de un par de minutos y poco después, los débiles movimientos se detuvieron por completo.

Serge jadeó, contemplando con el pecho hinchado lo que había logrado.

Su madre estaría orgullosa.

Capítulo 3

El día siguiente, unos rostros que jamás se habían aparecido siquiera por accidente, se asomaron a la vieja casa para dar el pésame. Se trataba de una pareja larguirucha, delgados como cables y con la piel tan estirada que carecía de vida; decían ser familiares lejanos de Carlo Cavalli. «Ah, ¡qué pronto se marchó!», dijo la mujer apenas los pies atravesaron el umbral de la puerta. «¡Ah, pobre hombre, con tanto por delante!»

PACIENTE 2

—Por eso no hay que confiar en las mujeres —dijo quien se hizo llamar tía Luciana. Jamás la había visto en su vida, pero nada más fue ver a Serge para plantarle dos sonoros besos, uno en cada mejilla—. Vuelven un buen hombre un manojo de sentimientos y luego se marchan, destrozándolos, volviéndolos unos buenos para nada. ¡Ah, esa Renata!, ya sabía yo que no era de fiar.

Fátima tenía los ojos hinchados y bajo la tiesa sonrisa, todos los músculos le temblaban. Luciana Cavalli hizo el amago de querer avanzar más al interior de la propiedad; se le hacía extraña esa renuencia de la simplona criada a dejarle pasar. ¿No estaba amaestrada a seguir las órdenes de sus Señores?

—Muévete, niñata.

La joven apretó los labios, con la cabeza gacha y las uñas enterrándose en sus palmas.

—Lo siento, mi señora, pero no puedo hacer eso.

—¡Pero qué malcriada te tenía ese Carlo! —escupió el hombre, que al instante vio de reojo a su mujer, en busca de aprobación—. Ya está bueno, chica.

Se mordió con fuerza el interior de las mejillas cuando las bruscas manos lograron moverla tras varios empujones hasta hacerla caer de espaldas.

—Ah, tú debes ser el Sergi, qué linda familia. —Pasó la mirada de arriba a abajo, con una mueca de claro disgusto adornándole la cara. —. ¿No lo llevó su madre consigo, muchacha?

—La Señora Renata falleció hace seis meses —contestó con la misma dureza. «Familia, dice ser». ¡Cómo quisiera hacer algo!; sin embargo, si en verdad tenía la sangre de sus Señores... Primero se apalearía ella misma antes que ponerle las manos encima. «Por más malvada que sea».

—Ah.

La sorpresa le duró menos de un segundo y llamó de inmediato a su pareja para inspeccionar la casa. «Entonces podemos pasar sin problema», resolvió en voz alta, saboreando sus propias palabras. Fátima inventó una excusa por cada metro que avanzaban, mas ninguna de sus advertencias era escuchada hasta que subieron los enormes escalones y se detuvieron frente a la habitación de la que se había adueñado tras la ausencia de los antiguos propietarios.

Un colchón vacío, las ventanas cerradas totalmente cubiertas con pesadas cortinas, el olor del miedo.

Ya no había escapatoria alguna.

—¡Yo no fui, lo juro! —A Serge se le escapó una minúscula sonrisa al escucharla—. ¡Por supuesto que no!

La tía Luciana y el esposo que traía por mascota palidieron a medida que se acercaban al bulto cubierto con las sábanas de la destendida cama.

—¿Qué... es esto? —Luciana se acercó con la cautela de un viejo gato. Fátima, inmovilizada entre los brazos de otro visitante, solo podía gritar—. ¡Sujétala bien, Marcos! —Y luego añadió para sí—: Esa muchachita está como poseída.

Alargó la mano hasta la manta y al retirarla de golpe, el pequeño Martín le vio con una mueca de asombro en su rostro privado de vida y los ojos manchados por un rociado carmesí. Luciana soltó un chillido y se alejó tanto como pudo de la horripilante escena.

Casi trastabilló cuando volvió a mirar a la criada de la casa, que le observaba con el mismo espanto en su semblante.

—¡Asesina!

—¡No!, ino, no fui yo! —Las palabras se le enredaban, agotadas por el llanto y los forcejeos entre ella y Marcos, que la sujetaba con más fuerza—. ¡Escúcheme, señora!

—¡Atrévete a decir algo más! —resopló con temor a acercarse. ¿Estaría armada? ¡Acababa de matar a un indefenso bebé!, ¿qué tan peligrosa podría ser?—. ¡Agárrala, Marcos!, llamaré a la policía. Esto es horripilante, horripilante, un pobre bebé. ¡Ah!, el retoño de mi hermano —farfullaba mientras se concentraba en desaparecer el temblor de las huesudas

manos para poder marcar el número de los oficiales. Al primer tono contestaron—. ¡Ayúdeme!, ¡ayúdeme!, ¡la criada enloqueció y mató a mi pequeño sobrinito!

—¡No! —Trató de defenderse en vano a causa de la mano de Marcos. «Ya vienen para acá, haz... algo», vociferó la voz de serpiente de Luciana, que se perdió al final en el instante en que sus ojos se posaron sobre uno de los trofeos que decoraba la mesa de noche a su lado.

Las lágrimas se escaparon de los ojos de Fátima sin remedio. No entendía qué ocurría; ¿qué le había pasado al pobre Martín, si siempre se aseguró de acomodarlo de tal manera que no se quedar dormido en posiciones peligrosas? Sentía que la piel le ardía de la misma impotencia. Buscaba ayuda en Serge, pero el infante solo podía mirar la escena en silencio, confundido, mientras era resguardado del peligro.

¿Le harían algo a él? Volvió a verlo, preocupada por su seguridad. Lo único que quedaba del buen Carlo.

No. Serge no le quitaba los ojos de encima, con la boca hecha una sonrisa apretada.

—¡Fuerte, cariño!

Paff. Fátima cayó con un golpe seco, aturcida por el impacto. Poco a poco abrió los ojos; notaba la cabeza palparle, y la sangre manchó los dedos que se llevó a la frente donde más le escocía. «¿Qué...?», le costó hablar. ¿Qué había pasado?

Otras voces se escuchaban en la lejanía, similares a las del antiguo radio de la cocina. Cuatro pares de piernas deambulaban por toda la habitación; los dos oficiales que habían acudido al llamado de auxilio de Luciana revisaban hasta en los rincones que Fátima no sabía que existían y levantaban cada pertenencia, como si buscaran algún tipo de tesoro. Tan pronto como pudo sentarse, se percató de las esposas que aprisionaban sus manos.

—¿Qué está pasando?

—...señálanos a la persona que hizo esto, por favor. —Uno de los uniformados estaba de cuclillas para ponerse al nivel de Serge y lo tenía tomado de ambos hombros—. Le dijiste a tu tía que viste quién hizo esa cosa tan mala, ¿verdad?

Serge asintió.

Si bien no entendía lo que ocurría a cabalidad, no tenían que explicarle que se trataba de algo que removía a los adultos a tal grado que incluso

habían intervenido esos hombres de los que su padre siempre le advertía que jamás debía molestarlos.

Despacio, muy despacio, el bracito se elevó hacia donde Fátima se ubicaba. Le apuntó.

—Ella estaba al lado de mi hermano.

El par de oficiales se llevó a Fátima a rastras mientras la tía Luciana lloraba por lo injusta que fue la vida para una criaturita tan inocente, y en menos de un minuto, el insuficiente reemplazo de su madre había desaparecido al interior de un que rezaba «Policía».

Uno de los hombres regresó sin su compañero.

—Señora, como familiar del menor, deberá hacerse cargo de él. ¿Todo en orden?

Luciana miró de soslayo a Serge.

—¿Cómo dice? —inquirió. Con el esbozo de una tranquila sonrisa, se acercó hasta el oficial y de improviso comenzó a pasarle la mano que más tenía joyas por el hombro—. No entiendo a qué se refiere, si ni la casa ni el resto de las cosas se han repartido todavía. Es comandante, ¿no? ¡Ah...!, García, no es de acá, verdad? —El policía negó con la cabeza e insistió de nuevo en su pregunta—. Oh, en fin. Sí, sí, como sea, yo me llevo al chiquillo.

Marcos agarró a Serge de detrás del cuello, clavando los dedos en la carne. Hecha la vista gorda, el oficial García asintió a modo de despedida antes de montarse al auto y marcharse.

Cuando dejó de verse el vehículo, Luciana dejó la falsa sonrisa y su rostro se volvió como el de una estatua.

—Llévatelo.

Marcos giró la cabeza en dirección a Luciana, pasmado.

—¿Llévámelo? —repitió—. ¿No nos íbamos a quedar en esta casa?

—¡Por eso, llévatelo! —Y antes de que el inútil de su marido pudiera decir cualquier otra cosa, le dejó las cosas lo más claro posible—. ¡Esfúmalo!, véndelo, regálalo o mávalo. No me importa, solo llévatelo.

El hombre tragó saliva, incapaz de contradecirla. Una sensación de valor pasajero estuvo a punto de motivarlo lo suficiente como para enfrentarse, ¿pero qué podía hacer?, esa bruja le asustaba; además, si apenas hubo

dinero como para vivir a las justas, una boca más sería inconcebible: tendrían que renunciar a cierto nivel en su estilo de vida, y aquello era...

No, ni pensarlo. Primero intercambiaba lugares con el difunto Carlo.

—¿Tía Luciana? —Dijo Serge—. ¿Nos vamos a ir de la casa?

La mujer se relamió los labios resecos. ¡Cómo le hacía de falta un buen Martini y algo que le llenara el estómago! Tanto revuelo le había dejado sin hambre, pero ahora que todo volvía a estar en orden, el apetito de la mañana estaba como nuevo.

—No me digas así, niño. No somos nada si alguien te pregunta, ¿verdad? Ah, sí, qué listo. Aquí este caballero te invitará a un paseo. Por favor, sé bueno y obedécele. —Sin esperar respuesta, tomó la pequeña mano de Serge e hizo que agarrara la de Marcos—. ¡Adiós!

Levantó ambas cejas en dirección a su pareja y en vista de la ausencia de una respuesta, ahora exigía aquella que quería oír. Solo mantuvo la mirada un par de segundos, tenía la certeza de la experiencia de que sería un buen chico. Tuvo razón. Marcos afianzó el agarre y balbuceó:

—Sí, señora.

Capítulo 4

PACIENTE 3

—Esta es la cuarta vez que regresas, Serge.

Rosario, la casera de la vieja iglesia que servía como centro de adopción escudriñó al recién llegado con una mueca en la cara; nunca un muchacho había dado tantos problemas como aquel, para que fuera devuelto por no una o dos, ¡ya era la cuarta familia! Cada vez que volvía a ingresarlo pensaba que esa sería la última, que las razones no podían empeorar.

Pero siempre hallaba la forma de sorprenderse.

Serge levantó los hombros a modo de respuesta y a Rosario no le quedó más que intentar adivinar qué había ocurrido en aquella ocasión. ¿Acaso golpeó a otro compañero?, ¿o había destrozado el jardín del vecino?

«Quizá se debió a un par de caros jarrones rotos o a alguna reliquia familiar arruinada», pensó al hacer memoria de cuando quisieron cobrarle una colección de costosos libros únicos en el país.

«No puede ser peor», apostó, con el corazón en la boca.

La madre sustituta carraspeó, molesta.

—No puede regresarlo como si se tratara de un animal, Irene.

—¡Usted haría lo mismo si supiera lo que hizo! —Se escandalizó. Rosario resopló exhausta, todavía sin atreverse a tomar la mano de Serge que Irene le largaba—. ¡Téngalo!, ¡ya no lo quiero!

Respiró hondo.

—No puedo aceptarlo sin una buena razón —mintió. Por supuesto que debía de haber razones, pero no quería ni escucharlas.

La principal razón por la que no quería aceptar el regreso de Serge era porque le tenía miedo.

El repentino llanto de Irene la sacó de sus pensamientos, y a pesar de que maldecía en voz baja el instante en que decidió llevarse a Serge a casa, él actuaba como si se tratara de alguien más.

Le contó que aunque la bienvenida fue acogedora e incluso los vecinos habían traído a sus hijos más jóvenes para que conocieran al nuevo niño, no pasaron más de tres semanas para que uno de los padres, a mitad de la noche, golpeará a su puerta con la insistencia de quien corre por una emergencia.

Al abrir, se encontró de frente el enfurecido rostro de uno de los padres de la casa de al frente.

—¡Se me hizo súper, súper extraño! —interrumpió su relato—. A ese hombre nunca se le veía una arruga en la cara, así, de enojo. ¡Pero parecía a punto de querer matar a alguien!

Pasada la conmoción que le traía el recuerdo, continuó:

«¡Su hijo es un monstruo!», le dijo a Irene tan pronto como la puerta dejó suficiente espacio para una cabeza.

«¿Disculpe?!»

La cólera le subió tan rápido que el calor que agarró las mejillas y el cuello. ¡Qué atrevimiento venir a su casa a decir semejantes cosas! «¿Sabe al menos quién es mi hijo?», le gritó.

«Por supuesto». La voz fue elevándose, como si no temiera despertar a las personas del vecindario entero. «¡El demonio que recogió la semana pasada! Le recomiendo, Irene, por el aprecio que le mantengo, que lo devuelva del sitio de donde lo cogió. ¡Por su propio bien!»

—Señora Irene, lo siento, pero no llega usted a nada —replicó Rosario con notable cansancio mientras zapateaba repetidas veces el suelo de madera. Estar de pie le daba calambres en las pantorrillas y le hacía sentir como si cargara una tonelada de peso en cada pierna.

—Escúcheme, Rosarito —insistió. La dueña del hogar inclinó la cabeza en señal de resignación. Apenas le dio el permiso de continuar, el rostro volvió a contraerse en una mueca.

«¿Qué quiere decir?», atinó a decir. Las palabras de su vecino comenzaron a mezclarse unas con otras sin filtro alguno ni intención de detenerse e Irene, con la bilis en la garganta, solo podía limitarse a escuchar el relato.

Al finalizar su versión se le quedó viendo directo a los ojos, llena de vergüenza por la posibilidad de que todo aquello fuera real. Si era cierto eso, entonces...

«Por favor, lléveme».

Tomó las llaves de la propiedad y un abrigo antes de salir de su hogar, y caminó a prisa hasta la casa del frente; toda la calle estaba en silencio, por lo que escuchar los acelerados latidos de su corazón era sencillo.

«Por aquí», señaló el hombre. «Incluso tomé una fotografía con el celular de mi mujer. Disculpe que no baje, simplemente no puede ver lo que el demonio de su hijo hizo».

Otra vez con esa horripilante acusación, refunfuñó en silencio con una pizca de esperanza antes de adentrarse a la vivienda. Entonces lo supo.

El vomitivo hedor de la sangre llenaba el recinto.

Y en el suelo, yacía cubierto un pequeño bulto que alguien se había esmerado por cubrir.

«Por favor, Serge no pudo hacer eso, ¡es solo un niño!», siseó.

El hombre le entregó el viejo celular a Irene. No había duda.

Decía la verdad.

Serge se encontraba de cuclillas, con el bisturí que creía haber perdido poco después de su llegada en una mano y la otra, en el interior de las entrañas del pobre perro de la casa.

Lo había abierto en canal, un tajo profundo que abarcaba desde poco más abajo del pescuezo hasta la mitad del vientre.

Y alrededor, el más gigantesco charco de sangre que había visto en toda su vida.

—¡Casi me desmayo ahí mismo, Rosarito! —Las lágrimas amenazaban con salirse de los ojos a medida que los zarandeos que le propinaba a Serge aumentaban, sin importarle si lograba hacerle daño con tan bruscos movimientos—. Nosotros también tenemos un gato, ¡imagine lo que podría hacerle! Tengo la imagen, si no me cree.

Lo echó de un empujón. Serge tropezó un par de veces hasta que los brazos de Rosario lo atraparon a punto de caer.

Tirando de los canosos mechones, la vieja mujer soltó el aire por la boca, incapaz de replicar. Ahora sí tenía la más completa certeza: nada podría ser peor.

—No hace falta, Irene —respondió al apretar a Serge contra su cuerpo. El niño le llegaba casi hasta el final del tórax; no pudo evitar imaginárselo tomar uno de los cuchillos de la cocina y que decidiera hacer algo tan macabro con ella—. Por los papeles no te preocupes, solo tráelos esta semana.

—Bien —respondió aliviada, pero con la tranquilidad aún sin restaurársele por completo.

Dio unos pasos hacia atrás, a punto de irse.

—De verdad lo lamento, Irene, de verdad.

La mujer sonrió con los labios hechos una blanquecina línea y se marchó sin despedirse.

Serge levantó el rostro a la espera de la orden que provendría de su, de nuevo, cuidadora provisional.

—Casi son quince años, cariño. ¿Cómo eres capaz de hacer semejante barbaridad? —Pasó los dedos en la rubia melena unas pocas veces, indecisa al respecto de qué debería hacer; después de lo que había hecho con el indefenso animal, temía por la seguridad de los más pequeños. Se acuclilló hasta quedar a la altura del chico y tomó las manos entre las suyas—. Sé que has tenido unos años difíciles..., ¿pero podrías hacer un esfuerzo?, ¿por mí? Cada vez duras menos con las familias, ni siquiera pasó un mes desde que te fuiste, cariño.

Serge torció la boca al oírle, mientras tenía los ojos puestos en el horizonte al interior de la iglesia. Tiraba apenas con la suficiente fuerza como para que Rosario se percatara de sus intenciones, pero sin lograr llegar a soltarse. Le gustaba tener su atención, solo para él; si volvía demasiado pronto, entonces ella iría a realizar sus demás labores y se olvidaría de que existía hasta la hora de la cena.

Sin embargo, el sermón de siempre lo cansaba cada vez más deprisa.

¿Por qué debía irse de la mano con unos desconocidos? «Mamá nunca me dejaría», pensó. Ni siquiera le permitía pasar mucho tiempo en casas ajenas, aunque fueran de amigos de la familia; según ella, nunca se terminaba de conocer lo que había dentro de cada persona.

La extrañaba. Ese tal viaje de muerte había tardado demasiado, y empezaba a olvidar demasiadas cosas de ella. ¿El delicioso chocolate de la noche lo servía caliente o frío?; a veces se confundía: ¿de ella fue quien heredó los ojos, o había sido el dorado cabello?

Ninguna farsa lograba engañarlo, ¡y cómo trataban de estafarlo!

¿Acaso lo creían un ingenuo?

«Llámame papá..., ahora soy tu nueva mamá». Se le hacía ridículo.

«Como si pudieran», se respondía en silencio. La segunda familia en la que estuvo concibió un hijo propio poco antes de que él se les uniera; para entonces, su falso-hermano tenía la tierna edad de cuatro años, pero era tan tonto como un pez. Todavía balbuceaba las palabras más simples y quedaba absorto durante horas mirando el mismo dibujo del libro de cuentos.

Claro, y encima, le querían más. ¿Por qué?, ¿acaso no entendían lo inútil que era esforzarse con decenas de terapéutas? Cada semana una cara nueva sin lograr nunca un avance notable, digno de reconocimiento.

¿No era él quien poseía los únicos trofeos que adornaban la insulsa sala de estar? Ahí, encima de un sucio catre de madera, cada premio rezaba su nombre. Los de la clase de ciencias, idiomas y uno que otro de deporte. Todos de él. De Serge.

Resopló, exasperado de solo recordar.

Volvió en sí. Rosario todavía tenía los grandes y cansados ojos sobre él.

—...estoy hablando, préstame atención.

Sacudió la cabeza.

—No quiero irme —sentenció—. Si me llevan otra vez, volveré.

Capítulo 5

PACIENTE 4

La tarde de su cumpleaños número quince, Rosario entró en la habitación de Serge, con una cajita decorada con un gran moño azul que llamó de inmediato su atención. Dejó a un lado la pesada enciclopedia que repasaba, obsequio de años anteriores, y corrió hacia la puerta donde le esperaba su nuevo regalo.

—¿Qué es?

Rosario la tenía alzada por encima de su cabeza de manera que no podía ver el interior.

—Adivina. No me alcanzó para unos globos, pero en la noche podrás comer un poco de pastel.

Aguzó los sentidos. Luego de unos segundos escuchó el suave piar de un ave y gritó de emoción. Con la sorpresa arruinada, la dejó al alcance de Serge y él tomó con ambas manos el pollito que vestía un corbatín del mismo color de la cinta.

Puso la caja en el suelo y después de acercar una silla a la cama, le indicó a Serge que se sentara junto a ella.

—¿Te gusta? Sujétalo con cuidado, querido —dijo. Esperó a que disfrutara del ave y retomó sus palabras—. Quisiera hablar contigo de algo, Serge. Llevas conmigo más que otro de los niños... Desde la última vez ha sido complicado encontrar una familia y con cada año que pasa será más difícil.

Serge levantó la mirada del animalito y la clavó sobre los cansados ojos de Rosario.

—Le dije que no me iré, madre.

—No soy tu mamá, querido, aunque te quiero como a una. —Acarició el cabello sedoso de Serge y le apretó sobre su pecho—. ¿Es por eso que no quieres irte?

No recibió respuesta. Tomó el rostro de Serge entre sus manos y le hizo mirarla; lo había acogido por petición de una de sus tías y a pesar de todos los problemas que castigaba con severidad, siempre volvía a

rendirse ante su encanto.

»Quiero que conozcas el amor de una madre, una de verdad —añadió.

Serge apretó los labios al escucharla y el pollito pio bajo su agarre.

—Tuve una de verdad —se limitó a decir—, pero ya no está. Ahora la tengo a usted.

Rosario suspiró mientras se apartaba. La habitación que antes veía enorme para él era apenas suficiente para todas sus cosas y pronto sería muy pequeña. Los pies se le salían de la cama y lo había visto encoger las piernas para hacerse sitio en la mesita de al lado.

—Los demás niños no creen que sea su madre, Serge. Ellos esperan una oportunidad, mientras que tú has desaprovechado varias.

Le vio encogerse de hombros, absorto con el pollito que pasaba de mano en mano. Los nervios le hicieron tragar saliva.

—No deberían importarle los otros. Además, ya no soy pequeño, ya no le intereso a nadie... a excepción de usted.

—¿Ya sabes qué nombre ponerle? —Carraspeó. De pronto notaba el cuello alto de su traje más apretado de lo normal—. ¿Tuviste alguna mascota antes?

Serge dejó al animal en el suelo y se volteó, con una sonrisa ensombrecida.

—Me gustaba más el perro del vecino.

Rosario se llevó una mano a la boca y salió de la habitación, mientras la risa de Serge ahogaba el sonido de sus pasos.

Volvió, caída la noche, arrepentida de la manera en que se marchó. Tenía la áspera sensación de que por un momento tuvo real miedo de las palabras de aquel muchacho y su propia pérdida de control le avergonzaba. Conocía cómo era tratar con personas difíciles y hasta entonces no le habían temblado las piernas y las manos tanto como en ese momento.

Golpeó dos veces la roída madera y se frotó los brazos mientras esperaba.

—¡Pasa!

La puerta rechinó cuando Rosario la abrió, lento, con la cautela de un gato. Primero asomó un ojo e inspeccionó el interior a la espera de un desastre, pero cada libro estaba en su lugar y las sábanas no tenían ninguna arruga. Incluso Serge seguía en la misma posición desde que se había ido, a horcajadas y de espalda a ella, bañado por una tenue luz plata.

La delató el ruido de los zapatos al entrar a la recámara.

—Siéntate bien, te dolerá la espalda.

—Ah, sí —dijo con la voz perdida. Parecía que protegía con su cuerpo aquello que hacía, porque esta vez no corrió a saludarla ni abandonó la postura.

—¿Qué haces, Serge?

Volvió a responderle con silencio. Luego, como si considerara prudente decir cualquier cosa, dirigió un rápido vistazo a Rosario.

—Nada. Jugar.

—¿A qué juegas? —preguntó a la distancia. Las escleras enrojecidas de Serge la hicieron vacilar por un segundo, pero no permitiría que su autoridad se viera propasada de nuevo por un joven a su cargo—. ¿Puedo acompañarte?

Serge titubeó, y solo hasta que la pesada mano de Rosario le hizo enderezarse reveló lo que escondía.

Las rodillas le flaquearon y cayó sobre ellas; la punzada de dolor le impidió mantenerse en el trance del asombro y volvió una mirada de piedra a Serge, porque no podía admirar como él, la cabeza desprendida del pollito ni las tijeras ensangrentadas, abiertas al lado de sus pies.

Aunque Serge tenía los labios apretados, Rosario encontró la vaga esencia de una sonrisa.

—Quería cortarle las plumas porque hacía calor —dijo—. Ya entiendo qué es la muerte. No sabía que era tan frágil. Ahora está allá, con mi verdadera madre y su hijo, Martín... Y yo estoy acá. Al igual que usted.

Rosario ahogó el grito que se había formado con un arranque de tos. Notaba la mirada del muchacho sobre ella y con el rabillo del ojo advirtió cuando se inclinó para consolarla, rodeándola con un abrazo; sin embargo, al erguirse de nuevo, no encontró las tijeras.

Una triste mueca alargaba las facciones de Serge cuando Rosario cogió unos papeles del escritorio y envolvió con ellos el cuerpo del animalito.

—Ve y lávate. Ya casi bajarán a comer.

Asintió sin decir nada y se marchó obediente. Aliviada, dejó salir un largo suspiro a pesar del poco aliento que temía, guardaran sus pulmones. La corrosiva sensación del vómito le ardía al fondo de la boca y sus ojos se negaban a enfocar más allá de su nariz.

Tropezó cuando se subió a la cama y abrió la ventana justo a tiempo cuando las arcadas le vaciaron el estómago. Se desparramó sobre la pared, mareada de nuevo por el olor de la sangre y tiró el pequeño cadáver cuando escuchó los pasos de Serge acercarse.

La vio todavía sujeta del alféizar y tembló aun más al caer en cuenta de que la estudiaba desde la entrada.

—Querido, ¿por qué no bajas? —logró decir entre balbuceos que apenas ella entendió—. Diles que estén juiciosos y en silencio en lo que llevo. ¿Quieres ser un buen muchacho, Serge?, ayúdame con eso, por favor.

Le dio una sonrisa a manera de respuesta y Rosario detestó el guapo rostro del niño que creció tan alto como cualquier hombre y al que el encierro y la soledad lo había trastornado.

Y que ahora la tenía atrapada.

—La espero abajo, madre. Dijo que me tenía pastel.

No se atrevió a corregirle como antes.

Intentó apartar la niebla de su cabeza al sacudirla. Fue un accidente. ¿No? Se trataba de un indefenso pollito que encima le había regalado; ni un loco haría a propósito algo así, solo podría tratarse de un horrible, ¡espantoso!, error.

Y además, él la quería. Incluso decía que era su madre y aceptaba sus abrazos y que le cogiera de la mano aun cuando otros chicos más pequeños le reñían si intentaba hacerlo. Pasaba horas tan solo con su compañía y nunca mostró señales claras de que se atreviera a hacerle algo igual.

Tenía que quererla..., porque había ocultado las grandes tijeras en algún lugar.

—Gracias, Serge, iré en un momento.

La saliva le bajaba por la barbilla hasta el cuello y sentía el horrible sabor del vómito en la lengua, y en cuanto Serge cerró la puerta tras de sí, expulsó lo poco que había logrado retener.

Capítulo 6

PACIENTE 5

Buscó las tijeras perdidas en cada rincón por dos meses antes de rendirse y durante ese tiempo, Serge había mostrado un comportamiento apenas intachable, pero cada vez que se encontraba a solas con él se aseguraba de controlar el naciente temblor que ya solo quedaba en sus dedos.

Muy adentro de sí, Rosario tenía la certeza de que Serge esperaba a que cometiera un desliz que le probara aquello que estuviera buscando.

Miedo, quizá, aunque lo más probable es que la desconfianza bastara para él. Hasta entonces, cada vez que le pedía apoyar la cabeza sobre su falda mientras ella le acariciaba el cabello o que le llevara la cuchara llena de alimento hasta los labios, lo hacía sin rechistar por extrañas que fueran las miradas que los demás niños, en especial aquellos más grandes, le dirigían cuando Serge le ordenaba en público.

Hazlo. Sabes de qué soy capaz.

Procuraba pensar que solo actuaba de esa manera debido a la temprana pérdida que había sufrido, y que aquel trágico recuerdo justificara de alguna forma por qué hacía lo que hacía... Lo necesitaba: la otra explicación le causaba pavor.

Serge levantó un brazo y le tocó la piel reseca del rostro, con la cabeza en su regazo.

«El azul te queda bien, madre», era su manera de pedirle que vistiera de ese color.

—Rosario —dijo con los ojos entreabiertos mientras batallaba contra el sueño.

Le miró desde arriba. Todavía se debatía si la ponía más nerviosa de que la llamara de una u otra manera, pero aun con todo, olvidar la extraña forma de aprecio que había crecido durante largos años era demasiado difícil y cuando le tomaba desprevenida, habría jurado que cumplía sus peticiones con agrado y no con la cabeza embotada de miedos infundidos.

—Dime, querido.

—Prométeme algo. —Hizo una pausa. El toque de Serge estaba para entonces bajo el filoso mentón de su madre—. No quiero que vuelvas a hablar jamás de irme de aquí.

Rosario tuvo la impresión de que se quedaba sin aire, pero se esforzó en forzar la respiración para que luciera normal.

—¿Por qué, Serge?, si estás aquí no puedes salir ni conocer nuevas personas. ¿No te gustaría conocer alguna linda chica? —dijo. Vio que le fruncía el ceño para cuando continuó—. Hay tantas cosas bellas afuera y como... podrás suponer, tu madre no querría que te las perdieras, querido. Aquí dentro..., en estas cuatro paredes, las mismas caras de siempre, hasta yo estoy cada vez más vieja y sé que habrá momentos en los que te cansas de mí y quisieras correr lejos.

Serge suspiró y le quitó la mano de la mejilla.

—No puedes saber lo que mamá quería, ella está...

—Ya lo sé, Serge —interrumpió—, pero si tuviera un hijo tan inteligente como tú, de seguro pensaría algo como eso.

El torcido gesto que hizo con la boca le indicó que aunque parecía disgustarle, tampoco pretendía refutarla por completo. Sintió alivio cuando la calma volvió a su semblante y se acomodó para dejarse adormecer por las caricias, pero apenas logró raspar el inicio del sueño cuando la puerta golpeó la pared al abrirse y vieron el acalorado rostro de una de las huérfanas que se asomaba.

Rosario alzó las cejas hacia la joven para que hablara; sin embargo, antes de que dijera la primera palabra, la larga sombra precedió a su dueña y bajo el marco de madera, se encontró una figura delgada cuya piel revelaba la existencia de varias cirugías, ataviada con telas finas que solo veía al pasar frente a las tiendas de lujo.

—Ah, ya lo hago yo —dijo luego de apartar a la muchacha que le estorbaba el paso.

Rosario nunca había visto a Serge incorporarse tan rápido ni sentarse tan rígido como en ese momento, ni siquiera durante su primera semana en el hogar.

—Tú... —susurró entre dientes.

—Ah, imírate, qué grande estás!

*

—Entonces..., usted me dice que es la familiar de Serge, ¿estoy en lo cierto?

Había hecho pasar a Luciana Cavalli a la sala de juntas, una vez la sorpresa fue reemplazada por la desconfianza. Se encontraba frente a ella, separadas por el ancho escritorio sobre el que Rosario inspeccionaba un polvoriento libro con los datos almacenados tras la llegada de Serge al hogar.

Una vez encontró su inscripción, lo puso al frente de Luciana y señaló con un dedo dónde leer.

—Como puede ver, señora, aquí firma un tal Marcos de Román.

—Ah, claro que sí —dijo con voz dura al apartar las amarillentas páginas—, ¿por qué mentiría con algo así? ¿Cree que tengo tiempo para cuidar de niños ajenos? Ese Marcos es mi marido.

Rosario se frotó los ojos con la palma de la mano. La cabeza le punzaba y la dolorosa sensación de una migraña que empezaba a tomar forma le quitaba la poca tranquilidad que le quedaba, entre el cruel juego de Serge y el escándalo que hacía esa mujer.

Serge estaba a su lado mientras escudriñaba la postiza cara de quien decía ser su tía, pero lo conocía lo suficiente como para detectar en él un desdén creciente que ella misma compartía. Volteó hacia el muchacho, que se encogió de hombros y asintió, sin despegarle la mirada de encima a Luciana.

—¿Por qué lo trajeron si ya tenía parientes a cargo?

Luciana soltó un largo suspiro y se llevó un delicado pañuelo a la comisura de los ojos para secar unas cuantas lágrimas que Rosario nunca vio nacer.

—Ah, si supiera —sorbió los mocos. Ignoraba a Serge y solo mantenía la atención puesta en los gestos de Rosario—. Supongo que ya sabrá que el pobre se ha quedado sin padres. Ah, no son cosas que un muchacho tenga que vivir tan temprano, con toda la vida por delante...

—Responda mi pregunta, señora Luciana.

Rosario apretaba los dientes por la presión que Serge ejercía sobre sus hombros, pero le dejaba ser porque se compadecía de las extrañas

circunstancias.

Al ver que el silencio se alargaba, añadió:

»No la voy a juzgar por lo que hizo o dejó de hacer años atrás, pero es muy raro que después de tanto tiempo vuelvan las mismas personas en busca de los niños... Sobre todo cuando nunca mostraron interés por ellos.

—Sé lo que insinúa —soltó Luciana. La silla cayó hacia atrás cuando se levantó y ahora tenía echado el cuerpo sobre Rosario—. No sabe por lo que pasamos, las dificultades! Ah, ¡no podíamos llevar una carga más!, ¡no tuvimos otra opción!

Sin embargo, si lo pretendía, no logró intimidarla.

Aunque velaba por él, el agarre sobre sí que antes simulaba ser de incomodidad ahora le causaba el agudo dolor de la amenaza. No. No me dejes ir. Sabes que tengo que estar aquí. Sabes que volveré. Si me dejas ir, volveré por ti. Aún no sabes dónde están las tijeras, ¿verdad?

Tragó saliva.

Puso las manos entre las dos para asegurar cierta distancia. Ya notaba el aliento de Luciana moverle los cabellos desordenados y no dudaba de que si era familiar de Serge, en cualquier momento perdería la compostura.

—No debería comprometerse si está pasando por una situación económica difícil. Aquí tiene todas sus comidas, ropa y puede dormir cómodo.

Luciana se echó para atrás y alisó las mangas de su blusa. Rosario sabía con solo verla que no pasaba hambre y recordaba el olor a calzado nuevo de Marcos de Román el día que llegó con Serge de la mano. Además, Serge la usaba como escudo entre él y la supuesta tía.

Había información que se le escapaba y estaba segura de que era más importante de lo que imaginaba... ¿Luciana estaba al tanto de los inusuales comportamientos de Serge?

—Aun así, necesita legalizar un montón de documentos y probar que es quien dice ser. Serge es un muchacho... muy especial y quiero estar segura de que usted tiene la capacidad para cuidar de él como se merece. No se lo puedo entregar, no es como si estuviera llevándose una mascota.

Luciana esbozó una tensa sonrisa.

—Por supuesto.

Rosario escuchó el movimiento de los dedos de Luciana al contar varias hojas cuando le dio la espalda para recoger el bolso que había caído junto con la silla. Mientras esperaba dio un vistazo a Serge: se veía un par de años más viejo de pie como una estatua, con los ojos perdidos en el gris paisaje de uno de los cuadros que decoraban la habitación.

—¿Estás bien, Serge? —se estiró para susurrarle. No quería exponerse a los oídos chismosos de Luciana—. ¿Esa señora o el hombre que te trajo te hicieron daño?

Él negó con la cabeza y Rosario contuvo un suspiro de alivio. Le creía, pues no era del tipo de muchacho que solía ocultar las cosas que le disgustaban y más que miedo, había algo más en la manera en que recorría silencioso con la mirada a Luciana, pero todavía no encontraba el qué.

—¡Ah!, aquí están. —Golpeó el escritorio con un fajo de documentos guardados en un sobre descolorido—. Léalos si quiere, puedo esperarla.

Tomó los papeles tendidos y los leyó uno a uno. En ellos había documentos que avalaban su parentesco con el difunto doctor Serge Cavalli, el padre de Serge, una copia del joven detrás de ella. A fecha de ese mismo día, otros indicaban que la custodia pasaba a manos de Luciana Cavalli y su marido a partir de ese momento.

—¿Es suficiente para usted? —preguntó satisfecha al tomar asiento de nuevo, con las piernas llenas de pequeñas venas cruzadas una sobre la otra.

Rosario le dedicó su tiempo a cada línea hasta que repasó todas las instrucciones imposibles de refutar. Traía ya firmado el contrato necesario para la adopción y una docena de facturas cuya suma hacía alarde de su estatus económico actual, muy distante a las penurias pasadas que según ella le aquejaron.

Resopló abatida mientras sobaba con una mano libre la espalda de Serge, quien se había asomado también y entendía la inevitabilidad de su propia situación.

—Ah, supongo que sí —añadió Luciana, con los ojos brillantes, puestos en Serge—. ¡Qué felicidad, la familia vuelve a estar reunida!

Abrió los delgados brazos en dirección a su sobrino y le instó a acercarse a recibirla con un abrazo. Serge caminó cabizbajo y arrastrando los pies hasta que estuvo al alcance de los finos dedos de Luciana, que lo envolvieron como si se tratara de una araña. Lo apresó por unos segundos

y le ocultó la cara entre los pechos mientras le susurraba más bajo de lo que Rosario podía escuchar, la huesuda mano le acariciaba el cabello en un gesto cálido que desde su asiento, a Rosario se le asemejaba al de una bruja que degustaba su próxima cena.

—Supongo que sí —repitió Rosario.

Serge se hizo hueco para observarla, en el espacio bajo la axila de su tía. No recordaba haber visto nunca una mirada glacial como la que él le dirigió a modo de despedida; de repente, las palabras de Luciana se volvieron difusas y dejó de comprender qué decía más allá de algunos chillidos. «No hace falta que busques tus cosas, compraremos todo nuevo».

Rosario se removió, incómoda en su silla.

Ahí seguirían las malditas tijeras, junto a ella, ocultas hasta que Serge decidiera volver.

Capítulo 7

—Esta no es la casa de mis padres.

La puerta del conductor se abrió y Luciana rodeó el coche hasta su lado para abrirle la puerta. No se le quitaba la retorcida sonrisa del rostro desde que habían abandonado la vieja iglesia y a Rosarito, y en ese momento se dio cuenta de que no se le permitió decir «adiós».

—Te va a gustar —dijo mientras sacudía la mano en el aire para restarle importancia al asunto.

—Sí. Claro.

Bajó cuando su tía se lo indicó. Tampoco trajo consigo ninguna de sus pertenencias, pero aquello era lo de menos: si volvía a dejarle el estúpido de Marcos de Román en el hogar como antes, no tendría que organizar todo el equipaje de nuevo... y después de cuatro viajes ida y vuelta a los brazos de Rosario era alentador saber que en esta ocasión le esperaba amoblada su recámara, listo para recibirlo como si nada hubiera pasado.

Le dirigió una mirada cargada de recelo. Si tanto le quería, como aseguró todo el camino, y no padecía por la falta de dinero, bien pudo buscarlo mucho antes. Pero a fin de cuentas, él seguía siendo el «recién adoptado» y su tía la adulta que se había compadecido de él.

Chasqueó la lengua, fastidiado de haber dejado incluso sus enciclopedias favoritas.

Aun así, se sentía aliviado de volver a ver un rostro conocido más allá de los límites de la antigua casa..., aunque fuera la estirada cara de Luciana.

—¿Puedo llamarte tía?

Escuchó que sorbía el aire con fuerza.

—Ah, en público deberá ser «Luciana».

Serge se encogió de hombros.

—Rosario me dejaba tener mascotas —dijo en cambio—. Los animales me

gustan. Esta vez quisiera un gato, nunca he tenido uno.

Las manos de su tía le rodearon el cuello por detrás e ignoró sus palabras mientras lo conducía al interior del gigantesco edificio grisáceo. Por dentro, las paredes eran tan blancas que le hacían doler los ojos y su reflejo le devolvía la imagen de un muchacho desgarrado con el cabello despeinado y los hombros caídos.

No le gustó para nada. Ahora se parecía mucho más a su padre en las fotos de su juventud, pero él sí se veía como un hombre digno de respeto, no como él, que lo llevaban y devolvían a gusto de quien la mujer que lo adquiriría.

Siempre era la mujer la primera en gritar, abrirle los ojos hecha una furia y ordenarle a su marido que regresaran a la «bestia».

—No creo que vivas aquí, tía.

—Cuida tu tono, Serge —dijo—. Ah, eres un desagradecido. Solo hago lo que mi hermano habría querido.

El eco de los pasos sonaba agradable en sus oídos, como un metrónomo. El recorrido por el que Luciana lo llevaba era confuso, con un giro nuevo en cada esquina y múltiples pasillos, cada uno más largo que el anterior. Las luces sobre su cabeza titilaban y las puertas que dejaba atrás, custodiadas por guardas vestidos de blanco por completo, eran todas idénticas, algunas con brillantes letreros y señalizaciones que solo había visto durante sus lecturas.

Giró la cabeza y observó a su tía con los ojos entrecerrados. Sentía que se le calentaba la sangre y la garganta se le apretaba.

Luciana captó la mirada de Serge y le acarició el cabello con fuerza para aplastar los mechones rebeldes.

—No me mires así, ¿ah, por qué eres tan grosero?

Una de las puertas dobles se abrió antes de que pudiera contestar, y un hombre de bata y cabello oscuro engominado lo miró de refilón.

—¿Es él? —dijo.

—Ah, sí, doctor —respondió Luciana.

Serge leyó la elegante firma de la placa que decoraba el costado.

Dr. Hoffmann, rezaba.

Y abajo, con letras diminutas: «Psiquiatra».

La invitó a pasar a uno de los consultorios y entonces, Serge reconoció el penetrante olor del alcohol de cuando visitaba a su padre en el trabajo, pero el ruido de aquel hospital era mucho más agradable que el silencio de este.

—Siéntense.

Su tía tiró de él para acomodarlo en el largo sillón.

Otro escritorio.

Parecía que su vida estaba llena de ellos y era seguro que no traían nada bueno.

—Doctor, muchas gracias por recibirnos, ah, la verdad no sé qué hacer.

Serge alzó ambas cejas, sorprendido. Apenas habría dicho un par de palabras, ¿y ya era un problema para ella? La molesta voz casi artificial le hizo arrugar la nariz, pero el Dr. Hoffmann parecía encantado con la anciana-maniquí en la que su tía se había transformado.

El hombre estiró ambos brazos y juntó las manos, con los dedos entrelazados apenas a unos centímetros de los de Luciana.

—Sabes que haría cualquier cosa por la familia de Carlo.

Y le ofreció una sonrisa que Luciana le devolvió, como Serge nunca las había visto.

—Lo sé, doctor Hoffmann —dijo con esa misma voz.

Serge volteó la cabeza, atraído más allá de la conversación, por los libros que se veían tan pesados como para alzarlos con un solo brazo.

—Dime Haines.

—Haines —repitió Luciana mientras escondía sus pómulos cadavéricos de la depredadora mirada del doctor.

Su inquietud respecto al por qué estaba ahí crecía a cada minuto y se hacía peor con los silencios entre ellos dos. Conocía muy bien a qué se dedicaba un «psiquiatra», pero no entendía la urgencia por la que su tía lo

llevaría... si no lo conocía.

—¿Luciana? —le llamó, obediente a su orden de llamarle de esa forma público.

Ella le ofreció una sonrisa que distó mucho de tranquilizarlo, pero la voz de Haines pasó por encima de la suya.

—No te preocupes, Luciana. No habrá un mejor trato para el único hijo de mi buen amigo.

El cuello le tronó cuando volteó a ver al Dr. Hoffmann: ¿no conocía del pequeño Martín? Algo en la forma en que había pronunciado las palabras «único hijo» captó su atención y el psiquiatra lo sabía, porque el instante en que cruzó una breve mirada con él, el filo de sus ojos se acentuó como los de una serpiente.

—No lo habrá —añadió.

Luciana lanzó un chillido de emoción que no hacía juego con la pena en su rostro.

—Ah, me alivia escuchar eso, Haines. —Sacó un pañuelito del bolso de piel y se secó la nariz—. Sergi es lo único que me queda de mi hermano, sabes cuánto me dolió su muerte y... ah, traté de que fuéramos como una verdadera familia, ¡tú sabes!

Haines asintió con los ojos cerrados.

»Pero es imposible, ah, ¡sé que no soy Carlo o Renata!, pero me duele, Haines, que me diga cosas tan injustas.

—Sí, claro que sí, querida.

Serge frunció el ceño. ¿Qué él decía qué?

—Primero fueron los insultos, pero ahora es... macabro. Lo traje porque ayer cogió un cuchillo de la cocina y me amenazó a mí y al pobre gato que le había regalado de cumpleaños. ¡Me dio tanto miedo!, está loco, ¡ah, muy loco! Le pedía que me dijera tía, ¡pero él volvía con que prefería morderse la lengua hasta que le sangrara a decirme así! Ya no sé qué hacer, Haines, ah, ¡no sé qué hacer y solo pensé en usted!

Luciana volvió a llorar mientras Haines la consolaba con su mano sobre la de ella, pero el pañuelo no se humedecía. Su tía interpretaba un papel que no comprendía y que al parecer había convencido al doctor de que él era una especie de salvaje. ¿Cuál era la razón de que inventara tantas

mentiras sobre él?

Apretó las manos para desviar las ganas de tirársele encima a Luciana y arrancarle el cabello a mechones, falso, ipostizo como todo lo demás!

Pero aunque lo hubiera hecho habría sido demasiado tarde: dos hombres con el aspecto de un gorila lo sujetaron de ambos brazos y se los doblaron detrás de la espalda hasta que después del grito, el dolor lo cegó. Notó un pinchazo cerca del cuello y las voces se escucharon distantes y se entremezclaron con la oscuridad mientras oía fragmentos de la acalorada conversación entre Luciana y el Dr. Hoffmann: llévatelo lejos..., lo que sea necesario..., por su propio bien.

Capítulo 8

PACIENTE 7

Se le hacía difícil respirar por las correas que ejercían presión sobre su tórax e intentar mantenerse despierto cuando sentía la consciencia golpeada por la enorme cantidad de drogas que precedían al sueño, por lo general lleno de extrañas imágenes que la intoxicación le imponía.

Ya conocía los horarios en los que la puerta se abría. Después de que perdió la noción del tiempo se había decidido contar los segundos, minutos y horas entre la aparición de uno y otro gorila, y descubrió complacido de que seguían un patrón con el que fiarse para llevar al menos la cuenta de los días de blanca prisión; sin embargo, en ocasiones los sedantes eran tan potentes que se perdía alguna de las rondas y volvía a quedar desorientado hasta que la bandeja con la insípida comida le ayudaba a reacomodar sus horarios.

En su sala solo estaba él. La camilla centrada en la habitación y la luz que rebotaba en las paredes y le hacía molestar los ojos.

A momentos agradecía que le indujeran el sueño, pues permanecer despierto sin poder girar la cabeza era un tormento peor: obligado a fijar la atención en un único punto en el que jamás pasaba algo, con un tic-tac interno que estaba a punto de volverle loco.

Blanco. Todo era blanco.

Hasta él había palidecido por la pobre comida, la falta de sol y algunas extracciones de sangre para «estudios», según las órdenes de Haines.

¡Si lo tuviera en frente!

Había jugado demasiado sucio, y él se dejó engañar por un segundo de la elegante caligrafía, los pesados libros y la maldita de su tía.

Luciana a veces venía a visitarlo. Se quedaba de pie apenas a un metro de la puerta, como si buscara refugio en la cercana salida en caso, solo en caso, de que fuera necesario.

Tomó esas medidas de precaución desde la última ocasión en que tuvo contacto con él, cuando le gruñó apenas alargó la mano para desenredarle el opaco cabello. Lo tenía marcado con letras que hervían en su memoria, ciento veintiún días distaban de aquel suceso y pronto pasaría medio año desde que Rosario le hubiera regalado el tierno pollito con el que

compartió unas escasas, pero felices horas.

Había pedido, incluso llorado —al principio lo fingió, pero después de un tiempo algunas de las lágrimas eran más reales que el resto— para que lo dejaran salir. Rebuscó cualquier excusa con tal de escapar: que le dolía el pecho, que sentía que el corazón estaba a punto de salir corriendo, que no podía respirar, que algo lo veía desde el techo; que tenía miedo, que tenía sed, hambre, que extrañaba a Rosario.

Luego fueron las amenazas, en las que no había ninguna mentira. La voz de su cabeza le advertía que ella disfrutaba de que se volviera diminuto frente a ella, y aunque había momentos en los que parecía a punto de ceder, volvía la dureza a sus facciones y volteaba la mirada a un punto lejano, sin importar que «cuando durmiera, no olvidara asegurar las ventanas y puertas».

¿Qué había hecho de malo? ¿Por qué lo encerraba? Ella no sabía nada, inada!, pero ahí estaba. Hasta antes de enterrarle los dientes en la mano no había mostrado señales de temor o desconfianza, entonces la razón era otra.

Ya no se le ocurría nada más que preguntar sin esperanzas cuándo sería el día que le dieran de alta, sin embargo, siempre sostenía que era por su bien y de inmediato, Serge se cuestionaba si se refería a sí misma o a él.

Por su bien.

Incluso pudo repetirlo al punto de creérselo.

Por su bien.

¿De qué bien hablaba alguien que lo había desechado cuando era un niño?

No le había causado ningún problema mientras estuvo con Rosario, ¿por qué ahora?

Estaba harto de las agujas y de perder los días atrapado sin un verdadero motivo. Cada vez que volvían a inyectarle significaban horas perdidas, atrapado en la jaula que Haines había preparado para él.

Al inicio de su encierro creyó que se merecía «la Caja». Luego de que los gorilas lo separaran de su tía, lo habían llevado a una celda más agradable en la que compartía con otros tres: dos hombres que rondaban los veinticinco años y una chica más o menos de su edad con la que de vez en cuando intercambiaba unas palabras si los otros se aburrían de él.

Había descubierto que se llamaba Soledad, ¡y vaya que le quedaba el nombre de maravilla! Incluso él, que disfrutaba de estar alejado de sus antiguos «hermanos» en el hogar, jamás pensó que pudiera conocer una auténtica ermitaña. Pero era más que un simple deseo de conservar la voz para sí: casi que podría afirmar que le huía a la gente, presa de un extraño temor que solo conocían bien las oscuras bolsas bajo sus ojos y el permanente temblor del labio que se volvía más intenso cuando la engullían sus pensamientos. Por largas horas se desconectaba del mundo y cuando el cable que la sujetaba tiraba de ella, regresaba siempre con lágrimas en los ojos que no cesaban sino hasta entrada la madrugada, cuando se detenían los notorios espasmos a pesar de cubrirse con las sábanas de las camillas.

La única vez que logró vislumbrar su piel desnuda luego del baño de las enfermeras, se sorprendió con el hallazgo de largas cicatrices alrededor de los brazos y los muslos.

Observarla era exquisito, tenía que admitirlo, a fin de cuentas, se trataba de su único medio de entretenimiento.

Pero los interesantes días acabaron después de que por los increíbles avances en el estado de Soledad, le permitieran quedarse a solas. Apenas fueron cinco minutos, pero el alegre cotilleo de las enfermeras se transformó en un grito cuando la sangre que fluía en las baldosas llegó hasta sus pies.

Su camilla era la contigua a la puerta del baño, abierta en todo momento. Incluso Soledad lo había visto a él un segundo antes de arrancar el trozo de cerámica del lavamanos que el tiempo y antiguos pacientes comenzaron a desprender, y hundirlo en la tierna carne de su cuello.

El único color en ese hospital de porquería corría lento sobre el blanco del suelo y formaba gruesos riachuelos que llenaban las intersecciones entre las baldosas.

La sangre salía a pulsos aún cuando la enfermera la llevó en brazos mientras gritaban por alguien que las socorriera, mas no había caído en cuenta de que la otra seguía absorta por el gran charco y las gotitas que seguían el camino de su compañera y de Soledad.

Pronto sería reclamada por muerte y el apremiante deseo de probarla antes de que ocurriera le hizo sentirse más vivo que nunca. Para ese entonces no estaba encadenado ni amarrado con las duras correas y puso los pies en el frío suelo.

Se acercó al principio con duda, pero al inclinarse percibió el tenue aroma de la sangre de Soledad y se relamió mientras untaba un dedo y

degustaba el sabor del metal que escurría en su lengua.

Era la primera vez. Ya había sido testigo del espectáculo de ella y aun así nunca la había probado, pero dedujo que era justo, que Soledad lo sabía y le otorgaba su propia sangre en un sacrificio que le costaría la vida.

Untó otro dedo y luego toda la mano.

Un nuevo escándalo. Monstruo, monstruo.

En menos de diez segundos volvieron los gorilas y le infligieron el sueño. Cuando despertó lo rodeaba una intensa blancura y ya no estaban los guardas, ni el par de muchachos, ni Soledad.

*

El murmullo de una conversación lo despertó de un sueño superficial. Alzó la cabeza tanto como las correas se lo permitían, lo suficiente como para observar dos bandejas vacías que no recordaba de antes. Había dormido durante dos rondas y eso significaba perderse de tan poco que en realidad no le importaba.

Reconoció entre las voces la de su tía, que al parecer hablaba con el médico que le tenía prisionero. No era de extrañar. Tan solo el Dr. Hoffmann era el autorizado junto con el par de gorilas y por supuesto, Luciana, de entrar a su celda. Por lo general ella venía a ver qué era de él durante los turnos de Haines, y gracias al centenar de horas en silencio, había llegado a la conclusión de que se asemejaba al comportamiento de una sanguijuela o un parásito cuya invasión disfrutaba el psiquiatra. En ninguna de las veces que lo examinó le logró encontrar una argolla de casado y si no lo había logrado para entonces, dudaba que fuera de su interés; sin embargo, la manera en que se inclinaba hacia su tía le hacía preguntarse si él también estaría a la espera de alguna recompensa adecuada por el trabajo que realizaba para Luciana.

Aguzó el oído, interesado en el acalorado cuchicheo que mantenían apenas a un par de metros de distancia. Ni siquiera se habían molestado en cerrar la única entrada porque ¿qué oportunidad tendría de escapar alguien que apenas podía moverse para no atragantarse mientras comía?

Le sorprendió la llama de su propia curiosidad. ¿Qué era tan interesante para que el rostro de Haines se enrojeciera y le hiciera tartamudear?

—...qué quieres lograr con esto, querida Luciana —dijo Haines mientras se revolvía un bigote crecido.

—Estoy pasando por un momento terrible, ah, Haines, si tú supieras. —Su voz era un lamento que se acentuaba con cada caricia del Dr. Hoffmann sobre su piel.

Serge frunció el ceño. ¿Sería aquello igual que cuando lo encerraron? Debía admitir que le preocupaba un poco, tan solo un poco, qué podría ocurrir, ¿qué más quería la bruja de su tía? Si lo que deseaba era mantenerlo tan aislado como vigilado, justo eso había logrado.

—Lo lamento mucho, Luciana. Si pudiera hacer algo por ti...

—Ah, ya lo haces, Haines —le interrumpió y se secó una lágrima que resbalaba al lado de su nariz.

—Sí, pero algo de verdad —respondió entre balbuceos—. Solo te he ayudado como médico... aunque quisiera hacerlo como hombre.

Luciana alzó las cejas en un gesto de sorpresa.

—¡Ah, Haines! —chilló—, sabes que no puedo... ahora.

—Por ese marido tuyo.

—No lo digas de esa forma. —Acarició fugaz la mejilla del psiquiatra y la mano le bajó por el cuello hasta el hombro—. No estamos pasando por nuestro mejor momento. El dinero, los problemas..., él quiere un hijo, pero no puedo permitir que me tenga atada si nos separamos...

—Cuando se separen —dijo Haines.

—Sí, sí.

Serge reprimió una carcajada. ¿Conque su tía buscaba en Haines un amante por dinero? Si ese era el caso, ¡qué tonta que era!, el Dr. Hoffmann se le acercaba mucho los últimos días para realizar sus exámenes y todo en él era barato. En el hogar había sido elegido por familias pudientes y otras más hambrientas, y juraría que el perfume con el que intentaba conquistarla no era más que una imitación, al igual que los zapatos que se despegaban cuando se alzaba el talón. Chop-suc, chop-suc sonaba la suela separarse de la media roída y caer en la baldosa. La bata se transparentaba y el cuello estaba ya amarillo por el uso.

¿Luciana acaso no se percataba de todo aquello?

Haines dudó por unos segundos, pero al final le puso una mano en la cadera a Luciana y al ver que no se retiraba, colocó la otra.

—Querida, Carlo era muy importante para mí, al igual que tú. Dime qué quieres que haga —añadió—. Lo que sea

Los ojos de Luciana brillaron de la misma forma que el día que lo encerraron.

—Necesito volver a empezar.

Haines pasó la lengua por el labio inferior, ansioso.

—Qué valiente.

Luciana apretó los labios al sonreírle.

—Puedo hacer a un lado a mi esposo después del divorcio y quedarme con un poco del dinero que se divide, pero no será suficiente para comenzar la vida que sueño.

—¿Y qué lo sería? —aventuró a decir Haines.

Entonces Luciana volteó a ver a Serge un segundo después de que él notara el leve movimiento de su cabeza y cerrara los ojos a tiempo para evitar ser descubierto.

Percibía los golpes de su corazón contra la camilla y era incapaz de normalizar la respiración por más bocanadas de aire que tomara.

Estaba seguro de que los ojos de Luciana y Haines andaban puestos sobre él, porque sentía que el cuello le hervía bajo la voraz mirada.

Pequeñas luces bailaron detrás de los párpados apretados y de pronto estuvo de nuevo frente al baño, con Soledad sentada en el helado suelo mientras chapoteaba en el charco de su sangre, atenta a Serge.

Quizá esa no fuera su Soledad, pero la voz que pronunció las palabras y le erizó la piel del cuello era sin duda alguna la de su tía:

—El dinero de Carlo, pero es todo de ese niño.

Capítulo 9

PACIENTE 8

Serge sabía que sería su turno de acercarse a muerte si no hacía algo para escapar. Habían pasado casi cien días más y su tía ya no iba a visitarlo; solo se acercaba Haines, que incluso restringió el paso a las enfermeras y los guardias.

Apretaba los labios cada vez que lo trataba sin ningún cuidado. Ya no era necesario infringirle el menor dolor posible, después de todo, las palabras de Luciana indicaban que nada podría importarle menos que lo que ocurriera con él. En los primeros encuentros aún le explicaba qué iba a hacer, pero ahora tan solo llegaba con la larga aguja a la que no terminaba de acostumbrarse y sin saludar ni verlo a los ojos, lo inyectaba y se iba ensimismado en aquel mismo silencio.

Algunas veces incluso dejó de comer: o no llegaba la bandeja con la insípida comida o temía que estuviera envenenada. Haines se había percatado de ello y si lograba hacer que se compadeciera por unos segundos de él, tomaba un bocado y lo masticaba para demostrarle que no existía peligro alguno... todavía.

Sin embargo, era un hecho de que poco a poco se deshacía de él, tanto como la certeza de que era la primera vez que sentía el miedo acariciarle el cuello y susurrarle entre sueños.

Solo lo dejaban zafarse de las correas cuando tenía que hacer sus necesidades o era la hora del baño, y aun así Haines permanecía a una distancia a la que pudiera vigilarlo, siempre como una sombra cuya tía controlaba.

A pesar de no volver a verla, podía escuchar cuando visitaba el hospital y tenía acaloradas discusiones con el Dr. Hoffmann sobre el tratamiento del monstruo. La mayoría de las veces ella le recriminaba a Haines el «no haber terminado su trabajo», aunque al rato escuchaba los gemidos de ambos en la sala de al lado.

Se le acababa el tiempo.

—Ve. Rápido —dijo Haines cuando desabrochó la última atadura—. Cinco minutos para asearte.

Una sonrisa le iluminó el rostro a Serge.

Hizo el amago de estirar los tullidos músculos y miró a su espalda: el Dr. Hoffmann contaba las tabletas que quedaban en un empaque y llenaba las jeringas. En cuanto la aguja se introdujera en su carne volvería al odioso sueño, y debía evitarlo en tanto la posibilidad de no despertar estuviera presente.

—Sí.

—Contando. —Le mostró su reloj y luego le dio la espalda de nuevo mientras tarareaba una canción.

Serge inspeccionó tanto como los escasos segundos que aún eran prudentes le permitieron; no obstante, había poco más que unos guantes de látex, las cinco correas que colgaban sobre la sábana, un vaso con agua hasta la mitad y su bolsa de líquidos intravenosos colgados de una alta vara.

—¿Cuándo vendrá mi tía? —dijo junto a la puerta del baño.

—Pronto —respondió al cabo de un rato. Ya solo quedaba una de las agujas por preparar—. Está ocupada, pero me aseguró que hoy te visitaría.

—¿Por qué no ha vuelto?

Haines le miró por encima del hombro, detrás de las gafas lo escudriñaba un detestable anciano con la cara enrojecida y los cabellos despeinados.

—Está ocupada, niño, ya te dije. —Le recorrió con la mirada antes de volver al trabajo—. Alístate. Hoy te tomaremos una foto y querrás estar presentable.

Serge sintió que se le acercaba esa nueva sensación tan familiar: miedo.

La única vez que había visto una cámara dentro del hospital fue el mismo día en que dejó de acompañar a Soledad. Esa noche tomaron dos fotografías: una al charco, el mismo que degustó, y la otra solo pudo escucharla gracias al silencio de la noche, tenue como un susurro, tomada por fuera de la habitación.

No podía dejar que muerte lo recogiera.

Se lamentó el breve lapso en que se persuadió a confiar en su tía. Ya no iba a dejar que su volviera a utilizarlo.

El sonido del agua que corría ahogó el ruido de los pasos y su agitada respiración. Lo tenía ahí, ¡ahí!, de espalda a él. Agazapado y sin quitarle la mirada de encima tanteó la barra de la que colgaba la bolsa de líquidos intravenosos y se tambaleó hacia atrás, llevado por el peso que vencía la quietud de tantos días, pero el fuego que sentía en cada músculo evitó su caída y lo impulsó a Haines.

Se estremeció cuando el metal chocó con el cráneo.

El Dr. Hoffmann se llevó las manos atrás de la cabeza y comprendió el peligro en que se encontraba: de alguna manera le habían descubierto y aquella era la lucha por su vida. La jeringa casi se le resbaló por la sangre cuando echó un manotazo a la mesa.

Golpeó con el brazo libre a Serge y agarró la vara que repiqueteó al rodar en el suelo. La cabeza le palpitaba y a ratos disminuía la fuerza con la que forcejeaba con el joven monstruo.

Serge trataba de zafarse y recoger su improvisada arma, pero los días de hambre se volvieron en su contra y el aire se le escapó de los pulmones cuando Haines tiró de él y su frente golpeó la baranda de la camilla.

—Maldito hijo de puta —gritó el médico mientras sacudía a Serge para agrandar la herida junto a la sien.

Serge escupió sangre. La cabeza le hervía y notaba que sus ojos pulsaban acelerados; era incapaz de pensar con claridad y pronto se sentiría sin fuerza suficiente para rechazar el ataque del doctor.

Un dolor agudo le hizo despertar por un segundo.

Haines gritaba, pero su propia voz era aún más fuerte.

Muérete.

En un desesperado intento clavó las uñas entre los dedos de Haines y rasgó la piel, liberándose cuando le soltó por el repentino ardor. Supo que apenas tendría unos segundos y se echó hacia atrás mientras se arrastraba con los brazos y pataleaba para ponerse en pie.

Una sombra oscureció el semblante del Dr. Hoffmann.

—Me pregunto cómo te diste cuenta. ¿Fue uno de los guardias? —dijo—, ¿o acaso me confié?

No respondió.

»No lo hagas más difícil, niño —continuó.

La sangre de su frente le caía en los ojos, pero evitó cerrarlos por temor a verse atrapado de nuevo.

Haines observó a su alrededor. La jeringa había caído y no la encontraba, pero Serge desde el suelo vislumbró el diminuto brillo de la aguja debajo de la camilla y trastabilló cuando regresó por ella.

Debía ignorar el miedo de muerte.

No podía rendirse.

La rozó con los dedos y estuvo a un segundo intento de hacerse con ella, sin embargo, Haines le cogió de las piernas. Serge pataleó mientras resollaba. El áspero ruido de la trabajosa respiración del viejo le cayó detrás de las orejas.

Alargó el brazo de nuevo tanto como pudo y por fin pudo agarrarla justo antes de que Haines tirara de él.

Enterró la aguja en el cuello y él le soltó en respuesta. El doctor observó con ojos desorbitados la jeringa vacía y luego hacia Serge, ya junto a la puerta. Volvió la mirada perdida a la mesa con los frascos y reconoció la ausencia de aquellos que había mezclado.

—Ella no le habría hecho caso.

Haines frunció el ceño al escucharlo.

Serge dudó un segundo en si decir algo más o reservar sus fuerzas, pero el mordaz recuerdo le atenazó las entrañas y continuó entre jadeos.

»No se culpe. Es de familia. Yo le diré lo que siente. —Y ante la sorpresa de Haines, que comenzaba a danzar entre la vigilia y el sueño tóxico, añadió—: descuide, doctor Hoffman, podía escuchar todo. Me hago a la idea.

Quiso reír, pero su cabeza palpitó y le hizo callar.

—No... —balbuceó Haines, pero Serge le había dado la espalda—. Vue...

Serge giró el pomo y abrió la pesada puerta. A pesar de su momentánea victoria, debía salir pronto de ahí o no significaría nada: la sensación de desfallecer lo obligaba a apoyarse contra la pared, pero el frío que le hacía temblar era lo que más le inquietaba.

—¡Vamos! —dijo entre susurros.

Caminó a pasos pequeños guiado por los letreros de los muros que indicaban la salida, pero el hospital era gigantesco y conocía casi nada de él. Sin embargo, entendió que se dividía en secciones, y no pudo evitar sentirse aliviado cuando la franja bajo sus pies dejó de ser roja y pasó a ser azul.

Muévete.

Pero sus piernas ya no respondían ni aunque les gritara.

Miró hacia atrás.

Detrás de él, un caminito de sangre hacía su mismo recorrido.

Mierda.

Muévete.

Debía alzar la pierna con ambas manos para dar un paso más.

Otro.

—Otro —repitió.

Aunque había prometido no hacerlo, volvió a echar un vistazo a su espalda y las rodillas le flaquearon: era demasiada sangre, un largo trecho que se extendía desde la habitación que había quedado a varios minutos de camino.

Otro más.

Casi se dejó caer sobre una puerta doble para pasar a través de ella, y en cuanto cruzó a una nueva sección, supo que era imposible avanzar más.

Atrás, el eco de un grito le sacó del sueño que tiraba de él y se preguntó si acaso serían los guardias que habían encontrado al viejo... o el propio Haines, que ahora vendría por él.

Un nuevo alarido lo despertó apenas por unos segundos, esta vez más agudo y cercano. Alguien le sacudió de los hombros, demasiado gentil para ser uno de los gorilas.

—¿Me escuchas? —dijo mientras le tomaba el pulso—. ¿Niño?

La distorsionada figura de una mujer ocupó su campo de visión. A ella la

había visto antes, ¿no?, no podía saberlo con certeza.

—¿Ma...?

La boca se le quedó abierta a media palabra y los ojos se le fueron hacia atrás.

Ya estaba, había llegado por él. Era esa embriagadora sensación que lo reclamaba; qué bien se sentía, la conocía, tan arrulladora como su madre, muerte ahora le acariciaba los cabellos.

—¡Ayuda!, Ha perdido mucha sangre, ¡llamen a una ambulancia!

Y la oscuridad engulló consigo el bonito rostro.

Capítulo 10

PACIENTE 9

Bip. Bip. Bip.

Reconoció el sonido de la máquina a su lado.

El pecho le dolía como jamás lo habría imaginado, la cabeza todavía le palpitaba aunque mucho menos que antes y el temor de que se le iba a explotar en cualquier instante había pasado.

Las imágenes eran borrosas y la oscuridad pretendía reclamarlo con cada parpadeo, pero la sensación de que lo habían desarmado y rearmado por completo le mantenía en el limbo entre la vigilia y el sueño.

Un largo tubo que salía de su boca le impedía el habla. Apenas podía mover los ojos y al dar un vistazo a medias del lugar donde se encontraba, descubrió aliviado de que era una sala distinta a cualquiera de las que pudiera haber en el hospital psiquiátrico. Lo custodiaban una decena de máquinas que se alzaban sobre él, llenas de cifras que no comprendía, pero distaban de cero.

Bip. Bip. Bip.

Una línea saltaba al compás del pitido del monitor.

«Estoy vivo».

Estaba seguro de que había escapado de «La Caja», tomado de la mano de muerte. Sin embargo, ahí estaba, con un dolor que le hacía desearla de nuevo, pero que agradecía tener.

Vivo. Libre, a salvo de ambos verdugos.

Una enfermera le daba la espalda mientras anotaba lo que la pantalla le mostraba. Le acompañaba un par de médicos con los que mantenía una conversación.

No estaba Haines entre ellos.

—Signos vitales en metas, no hay dificultad respiratoria —dijo el doctor más joven mientras le daba una ojeada a una pequeña libreta—. ¿Esperar

a que recobre la conciencia?

—Correcto —respondió el viejo con voz rasposa. Dos bolsas hinchadas le oscurecían los ojos y bostezó antes de continuar—. Quédese con la jefe Donna y llámeme cuando lo haga. ¿Alguna vez ha extubado?

Apretó los labios y secó el sudor de las manos sobre la bata.

—No, doctor

—Revise la técnica, Pol.

El rostro del joven médico pareció rejuvenecer por la emoción cuando el otro atravesó la puerta y giró fuera de la vista de Serge.

—¿Jefe? —Pol le palmeó el hombro a la enfermera.

Donna le llegaba una palma por encima del ombligo a Pol. Serge supo por el tiempo que el novato lo pensó y el cuidado que tuvo al llamarla, que la enfermera debía tener un carácter de tomar con pinzas.

—Ajá, ahí escuché, doctor —le respondió con la mirada clavada sobre la carpeta con el expediente de Serge.

Pol titubeó una vez más.

—¿Con qué puedo ayudar?

Donna golpeó la mesa auxiliar con el folio y entre un resoplo se giró y echó el cuerpo hacia atrás para ver a Pol, con ambas manos sobre las caderas.

—Busca quién es el chico, hay un par de reportes de desaparecidos, mira si sus padres colgaron algún aviso. Si fuera nieto mío, estaría enloquecida desde la primera hora. —Luego volvió a su trabajo—. Comunícate con servicios sociales también. Solo por si acaso.

Pol anotó todo en la desgastada libreta.

—El doctor Lombardo dijo que estuviera pendiente...

Donna volvió a resoplar.

—Ya, como si no pudiera yo encargarme de eso. Mejor revisa la técnica que te mandó Giorgio, no quiero ningún error con mi paciente.

Serge escuchó los pasos de Pol alejarse justo cuando los ojos se le iban

hacia arriba.

Bip. Bip. Bip.

En el último segundo volvió la vista hacia el monitor. «Vivo. Estoy vivo». Solo para comprobar que todo estuviera en orden.

Cuando recuperó la conciencia, encontró a Pol en una silla a su lado, dormido con la cabeza sobre el colchón y la baba bajándole hasta la mano que servía de almohada. Sin embargo, abrió los ojos de inmediato en cuanto Serge hizo un mínimo movimiento.

Por un instante se vieron en silencio, sin saber qué decir.

«Al menos me han ahorrado las molestias», pensó Serge. La idea del tubo que le ayudaba a respirar le dio gracia y tuvo el impulso de reírse, pero el dolor del pecho lo cambió por un quejido y Pol se desconectó del trance en que estaba.

—¡Doctor Lombardo!, ¡Jefe Donna!

La enfermera llegó antes de que terminara de llamarla.

De inmediato revisó la pantalla y el rostro alarmado se relajó al cerciorarse de que no había ningún peligro.

Fue la segunda persona con la que cruzó la mirada.

El rostro de Donna llenó todo su campo visual y Serge tembló, incapaz de predecir qué ocurriría ahora: comenzaba a detestar que tantas agujas le atravesaran la piel y le inyectaran a su antojo. La frente le brilló por decenas de diminutas gotas de sudor. En cualquier momento se asomaría el Dr. Hoffmann e incluso su tía, ¿por qué no?, y volverían a enredarse en el armario de al lado mientras los gorilas del psiquiátrico terminaban el trabajo por Haines.

Sin embargo, las marcadas facciones se suavizaron y Serge hizo el esfuerzo de tranquilizarse un poco.

«Ya sabrían de ellos», se dijo.

La mano de Donna era gruesa y Serge la supuso pesada, pero el tacto sobre su cabello cuando le acarició la cabeza casi le hizo llorar ante la sensación que trajo el recuerdo de su madre.

—Pobrecito, pobrecito muchacho —susurró—. Ya estás bien, todo está

bien. Estamos buscando a tus padres, pronto los podrás ver.

Quiso decirle que ahora no podría, mas prefirió guardarse el pensamiento para él. Además, era imposible hacerlo.

Donna continuó a su lado hasta que el doctor Lombardo apareció precedido por Pol.

—Bienvenido de vuelta, chico. —El doctor Lombardo recibió los folios que Donna le tendía y los repasó de un vistazo—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Pol tomó su libreta y preparó el lapicero para anotar lo que veía.

Aunque al principio le costó iniciar un movimiento, logró echar la cabeza hacia los lados. Lento, un lado a la vez.

—Muy bien. Llegaste en condiciones... difíciles. Quiero que mantengas la calma, ¿está bien?

Serge respondió con su silencio. «Sí», pensó.

»Tenías varios golpes y habías perdido mucha sangre —dijo el médico. Serge frunció el ceño al escucharlo. Por la manera en que Pol se crujía los dedos mientras veía a Giorgio, tuvo la impresión de que trataba de amortiguarlo para él—. Tu corazón se detuvo, ¿sabes lo que significa eso?

«Sí, claro que sí».

Al igual que a su madre, su padre, su pollito y Soledad.

Y a diferencia de ellos, él había regresado.

—Tuviste un par de días difícil —continuó—, nuestro equipo hizo todo lo posible para mantenerte estable y evitar que las heridas se te infectaran. Considero que estás fuera de peligro y aunque me gustaría tenerte acá otro par de días para vigilar que todo marche bien, creo que podemos retirarte ese tubo de la garganta. —Sonrió. Serge supuso que lo habría imitado de poder hacerlo—. ¿Verdad que es una buena noticia?

Dio unas cuantas indicaciones a Donna que ella acató de inmediato y mientras empezaba a preparar los medicamentos que le administrarían pronto, se dirigió a Pol.

—Adelante.

*

Pasó por varios pisos del hospital, con Pol como compañía a través de los pasillos por los que era transportada hasta su nueva habitación. El doctor Giorgio Lombardo le había asegurado que dentro de poco tiempo volvería a estar con «sus seres queridos». Serge quiso preguntar a cuáles se refería, pero la molestia en su garganta, que sabía que no debería estar ahí, y el repentino cansancio como si toda la carga de los días anteriores le hubiera caído encima esfumó cualquier intento. Además, estaba seguro de que no lo entendería y prefería evitar las explicaciones que no quería escuchar de su propia voz.

Se distrajo con las voces de los que se encontraba en el camino. Pol hablaba de cómo todo había resultado de maravilla; sin embargo, el cuerpo le dolía de una manera que no se iba a calmar con ninguno de los sedantes que le pudieran ofrecer, ni siquiera los de Haines.

Tuvo mucho tiempo para pensar durante las eternas horas de conciencia después de despertar; todavía se esforzaba por digerir el macabro tinte de las acciones del monstruo por el que ahora se encontraba en una camilla, con la tenue sensación de estar muriendo aún en su memoria.

Si recordaba bien, Luciana no había sido la más cariñosa de las personas: en las pocas reuniones familiares que se organizaban solía moverse alrededor de la sala escoltada por Marcos mientras hablaba a los invitados con la calidez de una zarigüeya, con la nariz arrugada y los párpados y labios estirados. Incluso Carlo solía renegar cuando Renata le instaba a visitarla, y a pesar de que Serge era consciente de no agraderle del todo a su tía, no podía dejar a un lado el hecho de que ella se deshizo de él en dos ocasiones y en la última no solo lo había dejado a su suerte.

Lo quería muerto.

—¡Ya llegamos, campeón! —El emocionado balbuceo de Pol le arrebató la imagen de Luciana de la cabeza.—. Increíble, ¿no? Una vez me hospitalizaron de pequeño por una neumonía, compartía sala con otros niños, pero no era ni de cerca tan linda como esta. ¡Mira, hasta tienes televisor! El doctor Lombardo me confesó que tuvo que pelearse con toda la Junta para comprarlo, porque no estaban seguros de que valiera la pena.

Serge advirtió que tenía el rostro húmedo por las lágrimas y que apenas libre de los aparatos que respiraron por él, se ahogaba de nuevo.

»¡Claro que sí, todos están más que encantados! —continuó Pol—. Unos defienden que la recuperación depende mucho del estado de ánimo, yo

creo que es verdad, porque estoy a cargo de esta habitación y no se nos ha complicado ni un solo paciente.

Acostado, repasó con la mirada lo poco que alcanzaba a ver. Distinguió la silueta de un par de niños, sentados en las camillas de al lado, absortos con la distorsionada imagen en la pantalla, y sobre él, el enorme rostro perruno de Pol, cuyas palabras se mezclaban con el intermitente ruido de la estática y las voces del televisor.

»Es un poco viejo, pero cumple con su trabajo. Hablando de trabajo, tengo que hacer algo de papeleo, pero prometo pasar lo más pronto que pueda, ¿bien?

No alcanzó a responderle, cuando volvió a desaparecer y por el tiempo en el que permaneció a la espera de su regreso, Pol no apareció sino hasta entrada la noche, con oscuras bolsas que se veían pesadas bajo sus ojos y movimientos torpes. Entró junto al doctor Lombardo y Donna, ambos con el mismo aspecto que Pol. Una vez lo terminaron de examinar, Serge reconoció en el silencio la pregunta antes de que la formularan.

—Chico —dijo Giorgio, con el ceño fruncido tras las gafas—, ¿qué familiar puede venir a verte? ¿Cómo podemos contactarlos?, es importante que sepan lo que ha ocurrido.

Serge pestañeó un par de veces, confundido.

»¿Sabes quién te trajo? La enfermera De Simone. ¿La conoces?, tuviste mucha suerte de que estuviera cerca en el momento justo.

Casi lo había olvidado.

De repente dio con la fugaz imagen de sus manos ensangrentadas frente a él, las puertas abiertas una tras otra y el delicado rostro de la persona sobre la que se había desplomado.

—No. —Y añadió—. Serge. ¡Agh!

Dolor.

Su voz le resultó rasposa y extraña, como la de un desconocido. Apenas habló, un dolor pasajero le hizo soltar un quejido que Donna no pasó por alto y de inmediato se acercó a la bolsa que colgaba con sus medicamentos.

—Doctor, la dosis es correcta para él, pero parece que no es suficiente.
—Le tocó la frente con el dorso de la mano y luego palmeó el colchón—.

Está empapado.

Giorgio se volvió a él. La calidez en su semblante no había desaparecido, a diferencia de sus últimos encuentros con Haines; sin embargo, percibió la sombra que siempre aparecía antes del acecho.

—¿Serge? Bien, necesito que seas honesto conmigo —dijo—, ¿qué medicamentos tomas a menudo? ¿Analgésicos? ¿Algún tipo de droga?

Pol levantó la cabeza justo para verle negar en silencio. Giorgio se rascó entre la nariz y los labios y reacomodó los lentes. Serge supuso que no le creía en realidad por más que aquella fuera la realidad, quizá por la expresión aturrida en su rostro, reflejo de la más que incómoda sensación de estar roto.

Por completo roto.

Gimió de nuevo. Volteó la cabeza hacia Donna y ella le devolvió una suave mirada a pesar del cansancio que tiraba de sus párpados hacia abajo. Le tenía tomado de la mano mientras le pedía que solo se concentrara en ella, y eso hizo: se adueñó del calor de su tacto y de la promesa de que harían algo al respecto para desaparecer el sufrimiento.

—Querido, parece que lo que te damos para el dolor no es suficiente. Hará unos pequeños ajustes y dejarás de sentirlo, ¿está bien?

Cuando Giorgio le preguntó por tercera vez qué podría ser el culpable de que su cuerpo necesitara más de medicamentos que aplacaban el dolor, se vio a sí mismo acostado en la camilla del hospital psiquiátrico, sedado, más dormido que despierto, aislado de su propia mente.

Pero eso era su secreto.

Al parecer, aquella bonita enfermera que le había traído no sabía que él estaba bajo el control de Haines y confiaba en que guardara para sí el hospital psiquiátrico, brindándole la libertad que se había ganado a pulso, desesperado por vivir.

Si mencionaba el eterno sueño al que se había visto obligado, sin duda lo llevarían de regreso. No correría el riesgo.

—Doctor. —Ignoró el creciente pavor de que sus huesos se hicieran polvo y se desparramaran junto con los restos de él. Giorgio alzó las cejas y lo observó a través de los lentes—. Usted dijo que podía llamar a un familiar.

—Claro, es nuestro deber. ¿Qué edad tienes?

Serge se lo pensó.

—Creo que aún tengo quince.

Si a Giorgio se le hizo extraña su respuesta, supo disimularla bien. Claro, sí. Serge escudriñó los ojos de quien lo observaba, inquieto como intrigado por el extraño muchacho postrado, de milagro vivo y fugitivo.

No mencionaron la curiosa elección de palabras. Ni Giorgio; ni Pol, que parecía danzar alrededor de la camilla mientras revisaba una montaña de papeleo; ni Donna, que terminaba de ajustar la dosis del analgésico para borrarle el dolor.

—¿Cómo podemos ubicar a tu madre?

Serge sonrió, primero lento, mientras la poca neblina restante desaparecía de sus pensamientos. Era la única solución en la que por lo menos, no se encontraría en peligro.

¿Y por qué no? Le esperaba una acogedora habitación que conocía de maravilla.

—¿Conoce el refugio de la vieja iglesia?

Capítulo 11

PACIENTE 10

La puerta chirrió al abrirse, más liviana de lo que Serge recordaba. El tenue aroma de la comida le trajo a la memoria las imágenes de hacía meses que creía olvidadas por las largas jornadas de penumbra que había vivido bajo el hospital de Haines; sin embargo, en vez de alegrarse, la preocupación tomó forma en su rostro. El olor era el rancio hedor de los alimentos en descomposición, distinguible incluso desde la entrada, cuando el enorme comedor era casi al otro extremo de la primera planta. Supuso que se trataba de los restos olvidados de la noche anterior, aun con la extrema pulcritud que Rosario les solía exigir, era imposible que no hubiera nunca un día de fallo.

Dio el primer paso, luego de varios minutos de vacilar en el umbral, con la fuerte luz del mediodía que proyectaba su sombra, enorme, en el interior de la casa. Una suave ventisca le sacudió el cabello. De repente, la vieja iglesia se le hacía extraña y temió que el presentimiento de que las cosas eran distintas no fuera solo producto de su imaginación.

Alargó el cuello hasta donde pudo a la espera de que Rosario acudiera a él, pero no llegó el familiar ruido de los duros zapatos que corrían a recibir a los invitados y al cabo de cinco minutos, supuso que estaría en alguna de las plantas superiores donde solía dar las clases de la tarde porque las gruesas paredes eliminaban el ruido del exterior.

Por costumbre, hizo el ademán de mirar el reloj en su antebrazo; no obstante, encontró con amargura solo su piel desnuda. El regalo de su padre le había sido arrebatado desde que fue prisionero de Haines.

Pero una parte de él sabía que el Dr. Hoffmann no era en realidad el culpable.

La madera crujió bajo su peso al segundo de los pasos.

—¿Rosario? —llamó a gritos.

Si no escuchaba a sus «hermanos», era porque se encontraban de seguro en esa salita aislada del resto del mundo.

Llegó a las escaleras. Cuando la puerta se cerró, percibió el cercano rugido del motor del auto que lo había traído.

—Hasta nunca, doctor Lombardo. Muchas gracias por salvarme —dijo para sí.

Siempre igual: el adiós, el chillido de las antiguas bisagras y el clic del seguro; sin embargo, no reconoció el momento en que la puerta se cerró, por primera vez en todo el tiempo que había vivido ahí.

«Hasta que por fin lo mandó a arreglar», rio a sus adentros. Pero ni siquiera la forzada sonrisa fue capaz de diluir el sabor de la bilis que le corroía en la garganta, envenenándolo más que el terrible aroma de la putrefacción.

Dejó las escaleras para después.

La cabeza le daba vueltas.

¿Sería su regreso una sorpresa para Rosario?

Se prometió a disculparse con ella apenas la encontrara, por cada vez que fue una molestia: desde luego le tuvo suficiente paciencia... y después de lo que había hecho su tía con él, reconocía en Rosario un verdadero refugio.

No, no saldría más. Juró regresar si volvían a elegirlo y ahí estaba otra vez, y solo esperaba que Rosario decidiera aceptarlo como antes y lo apretara contra su falda. Aun si él tenía que ignorar el temblor de sus manos cuando le acariciaba los cabellos y el castaño de los dientes cada que se acercaba lo suficiente a ella como para escuchar su acelerada respiración.

«Quizá si arreglo un poco el desastre que haya en el comedor, estará feliz de verme», pensó mientras se acercaba a la estancia, de las más amplias de la casona. Era increíble que el olor de la carne podrida fuera tan fuerte como para llegar hasta la entrada, aun con...

El aire golpeaba y hacía danzar las cortinas a través de las ventanas, abiertas de par en par. La lengua gélida de un escalofrío pasó por su espalda y las rodillas le flaquearon, preso del mismo tipo de miedo que experimentó cuando Haines se le acercó la última vez que lo vio. No había restos de comida, ni platos sucios olvidados. Todas las vajillas estaban en su lugar, pero de cada rincón de la casa emanaba el tufo de la descomposición.

El corazón empezó a latirle fuerte en el pecho y dejó caer la maleta que Pol le había regalado para llevar consigo sus pocas pertenencias y corrió de vuelta a la entrada.

La ausencia del clic, el extraño silencio, la maldita pestilencia. No era estúpido. Lo poco que había podido comer se le revolvió en el estómago cuando descubrió por qué la puerta se le hizo menos pesada de mover: el seguro estaba destruido y quedaba solo una gran tabla colgante que no lograba encajar.

—Mierda —susurró.

Corrió escaleras arriba.

Con cada escalón parecía que el olor se hiciera más fuerte, distinguía el matiz del metal en el ambiente y el acre sabor del miedo en las gotas de sudor que caían en su boca.

Le pareció verse a sí mismo muchos años más joven en la casa de sus padres, con el perfume de la sangre de su madre que palidecía hasta la muerte.

Ahí estaba, otra vez muerte.

Le perseguía, serpenteaba alrededor de sus piernas y ahora le aprisionaba el cuello; le reptaba desde la boca hasta los pulmones y no lo dejaba respirar.

El poco aliento que guardaba se desvaneció cuando entró en la habitación de tapiz pastel de una de sus «hermanas» y encontró a Rosario, tirada con los brazos extendidos en gesto protector sobre la cama y los cuerpos de tres de los más pequeños que habían corrido el mismo destino.

Grandes ampollas le habían deformado el rostro y del hinchado cuerpo caían colgajos de piel violácea y verde de la que se alimentaban los gusanos. Rosario había muerto a la mitad de un grito y la lengua protruía gruesa y pestilente por entre los labios. Los niños que trató de proteger estaban cubiertos por las sábanas apelmazadas por la sangre, pero Serge reconoció la silueta de ellos a través de la tela y vomitó hasta que la garganta le escoció y su estómago quedó vacío por completo.

Volvió tras sus pasos y revisó otras cuantas habitaciones: el panorama era el mismo que el de Rosario y no parecía haber ningún sobreviviente.

¿Qué había sucedido? ¿Quién había hecho aquello?

Se llevó ambas manos al cuello y lo frotó fuerte para desechar la vaga sensación del miedo. Ya era suficiente temor, estaba cansado de él.

Apretó la nariz y tomó aire donde los aromas no eran tan intensos antes de regresar junto a Rosario. Se sentó a su lado, él sobre el pestilente colchón y acarició la enredada cabellera blanca de la mujer que lo había

cuidado durante años.

—¿Por qué me abandonaste tú también, madre?

Rosario le dedicó una triste mirada de ojos hundidos. Le sonreía con los labios partidos, congelados a la mitad de un grito.

El olor era intenso y le hacía lagrimear, pero ya se había revolcado en medio de la suciedad y sus propios excrementos por la crueldad de Luciana.

Podía... debía soportar aquello.

Cuando le tomó el rostro entre las manos le pareció que volvía a sostener el pollito que su madre le había regalado tiempo atrás que se le hacía demasiado lejano.

El silencio le respondió, al igual que Renata cuando le vio por última vez. Sin embargo, ella sí le había dedicado sus últimos momentos, ¿qué había hecho Rosario en cambio?

Lo dejó ir. Se libró de él.

—¡Agh! —gritó. Se tiró mechones de cabello con ambas manos y golpeó su frente con las palmas abiertas—. ¡No, no me abandonó! ¡Luciana me arrastró con ella!

¡Era culpa de Luciana! ¡Toda!

¡Solo de ella!

Claro, el vago recuerdo de Rosario le convencía de que había intentado quedarse con él hasta que Luciana la hostigó con los documentos, el maldito papeleo... y se salió con la suya. Primero en la vieja iglesia donde creció, luego en el psiquiátrico en el que por poco habría muerto.

—No, no me abandonó. Es... —se corrigió— era mi madre. De seguro estaría tan feliz de volverme a ver. Claro.

Cogió una vez más las hinchadas mejillas de Rosario y se acercó hasta que su aliento removió los pocos mechones que caían libres sobre su rostro.

—Luciana te hizo esto, ¿verdad?

La maldita sanguijuela de su tía, ¡cómo no!, ya había intentado asesinarlo antes, ¿por qué no haría lo mismo con el único lugar del que sabrían de su

existencia?

Sacudió la cabeza para alejar de la cruel voz de sus pensamientos.

—¡No fue mi culpa! —Y volvió a golpearse con ambas manos mientras largas marcas rojizas surcaban su piel donde se clavaba las uñas—. ¡No, no, no!, ¡fue Luciana!, ¡yo no hice esto!, ¡yo no lo hice!

Tiró la pesada cabeza a un lado y el cadáver de Rosario se resbaló y cayó sobre los otros cuerpos más pequeños, enredados entre las sábanas.

Se sentía atado de sus extremidades, con sus movimientos controlados. Caminó con pasos torpes hasta la habitación de Rosario, la puerta más alejada de las escaleras; no se impresionó por el chillido de las bisagras y se acercó hasta la vieja cama.

Las rodillas se le doblaron y Serge cayó de golpe sin quejarse por el agudo dolor. El cubrecama estaba arrugado y al mirar alrededor descubrió que había decenas de papeles regados en el suelo, caídos de la pequeña mesita auxiliar junto a la cabecera, a pesar de que las ventanas estuvieran con seguro. Unas cuantas porcelanas se habían estropeado y el retrato de Rosario que decoraba la recámara había sido rasgado desde la nariz hasta el flácido pecho.

Se hincó más y tanteó el duro colchón hasta encontrar la abertura que habría hecho meses antes con el mismo cuchillo que esperó su regreso, oculto bajo Rosario cada noche de descanso. Rozó el mango con los dedos y tiró de él. Por un instante se reflejó en la hoja la imagen de un hombre que desconocía, con el vello crecido, la piel sobre los huesos y el cabello ralo pegado por las lágrimas de su enrojecida mirada.

Después de recuperarse cargó con el cuchillo hasta Rosario. Casi volvió a vomitar al notar las ampollas y la carne abierta bajo sus dedos mientras rebuscaba entre la tela de su viejo vestido las llaves de la sala donde trabajaba. Luego bajó las escaleras hasta la planta de abajo y descubrió las oscuras huellas pintadas en las barandas y las gotas salpicadas en que no había visto antes en los peldaños.

Se detuvo frente al salón, la última de las habitaciones que faltaba por revisar.

Inhaló el polvo cuando giró la llave y se adentró en la habitación, intacta a diferencia de los demás.

Ignoró el pesado sonido de su respiración.

El salón tenía casi el mismo aspecto que cuando se marchó, cuidado con

el esmero de alguien que hubiera querido congelarla a través del tiempo.

Sin embargo, él había visitado aquella sala tanto como Rosario y a diferencia de quien pretendiera imitar el escenario, conocía los pequeños detalles: el orden de los libros de los estantes más bajos era distinto y habían desaparecido un par de antiguas macetas que Rosario recibió años atrás, regalo de unos padres agradecidos.

La alfombra bajo sus pies desprendía un tenue olor a desinfectante que aun así le hizo lagrimear. Primero sintió el escozor en los ojos y frotó con fuerza una lágrima que le resbalaba por la mejilla, pero pronto fueron tantas, una tras otra, que los labios le temblaron y sus rodillas lo traicionaron y cayó con un golpe seco sobre las manchas de sangre que el detergente no había logrado erradicar.

—Ya basta. Déjalo. —Su voz resonó fuerte en sus oídos luego de no escuchar ruido alguno—. No hay nada qué hacer.

Se levantó con dificultad, apoyado en el viejo escritorio y se movió pegado a él hasta sentarse en la silla que le pertenecía a Rosario. Los cajones de al lado habían sido forzados y ya no estaban los pequeños fajos de dinero que su madre solía guardar en su interior. Tiró de la madera hasta que la gaveta se desprendió por completo y Serge gritó cuando su espalda chocó con la pared.

Un segundo sonido encendió la alarma que apenas se había apago al asombro inicial de la fuerte escena. Se trataba de una pequeña agenda vieja forrada en cuero de puntas desgastadas. Se estiró hasta alcanzarla y cuando observó la elegante caligrafía de Rosario entre sus páginas los ojos volvieron a arderle.

«Deudas».

Había por montones.

Serge suspiró, con el corazón agotado por el esfuerzo. De repente sintió el peso de los meses, los fuertes medicamentos que lo mantenían dormido, sus desesperados esfuerzos por escapar y la triste imagen de Rosario, asesinada mientras protegía a dos de los niños más jóvenes del hogar.

Otra sección le llamó la atención, decorada con los dibujos de alguna de sus hermanas pasadas. Rosario había permitido que se garabateara con letra temblorosa la palabra «Donaciones», una lista diez veces más corta que la anterior.

—Madre... —susurró.

Algunas eran de entidades gubernamentales, otras cuantas de nombres que apenas se le hacían conocidos por antiguas charlas de su padre, pero desde hacía un par de años se sumaban los aportes de alguien anónimo.

Cada quinto día del mes, Rosario había registrado la entrada de dinero. La última donación databa del día de su cumpleaños, junto al pequeño dibujo de un pollito con un moño de color azul.

«¡Felices quince!», rezaba la nota que Rosario había dejado a un lado.

Después de esa fecha había cesado. Aquello le intrigó, pues coincidía a la perfección con el último «quinto día» en el que había vivido en la vieja iglesia, y volvió a repasar una a una las misteriosas donaciones. Junto a una de las fechas, Rosario había escrito un número demasiado largo como para tratarse del monto: era el contacto del extraño.

—¿Luciana?

La sola idea la hizo reír. No podía ser ella.

Sin embargo, cuando terminó de leer cada línea, descubrió que las manos le temblaban y un extraño frío le abrazaba la nuca.

Todas las entradas tenían escrito: «Para Serge».

Capítulo 12

PACIENTE 11

—¿Hola? —La voz de una mujer se escuchó después del cuarto timbre.

Pasaron días hasta que decidió llamar al número escrito en la agenda, luego de recorrer una a una las páginas de la libreta de Rosario; aunque en su interior había demasiadas donaciones en nombre de los huérfanos del hogar, solo las de aquella extraña iban dirigidas a él.

«Para Serge».

Alguien lo conocía fuera de los muros de la iglesia, más allá de Luciana; más que sentirse agradecido, no podía evitar el pensamiento de que lo mantenían vigilado.

¿Qué tanta información intercambió Rosario con la desconocida? Ahora no tenía manera de saberlo, con el cadáver de su segunda madre en el piso de arriba, pudriéndose con cada hora que pasaba.

Sin embargo, en su lugar la tenía a ella. La persona al otro lado del teléfono.

—¿Hola? —repitió.

Serge parpadeó, por fin libre del trance de sus pensamientos. ¿Qué podía decirle a alguien que lo conocía y de quien él no tenía idea?

»Si esto es una broma...

—¡No!, espera —dijo—. Por favor, espera. Encontré este número...

Los labios le temblaban y las palabras se le entrecortaron al hablar. La mujer calló un rato, y Serge temió haber actuado demasiado tarde; no obstante, intentó una vez más y antes de rendirse y terminar la llamada, escuchó que la extraña carraspeaba.

—No..., no puede ser.

Escuchó cuando tomaba aire y un grito se ahogó junto a su oreja.

»¿Serge?

Solo un punzante dolor le hizo darse cuenta de que había aguantado el aire: siempre le había dado gracia la manera en que pronunciaba su nombre, porque revelaba el acento extranjero que tanto se esforzaba por ocultar, para no sentirse una extraña en el seno de la familia Cavalli.

Supuso que ella se había percatado de lo mismo, pues añadió con premura en sus palabras:

»¿Estás con Rosario?, dame unos minutos y estaré allá.

Serge apretó la agenda sobre el pecho, pegajosa por el sudor de la mano con que la agarraba. Dentro, para separar la página que necesitaba, había guardado el cuchillo entre las páginas.

—Sí —susurró.

Y colgó.

Media hora más tarde, escuchó que llamaban a la puerta y fue hasta entonces que volvió la mirada perdida de la pared, manchada con minúsculas gotitas de sangre oscura.

Notó el cuerpo pesado cuando caminó hacia la puerta. Una sombra se alargó bajo el sol que moría hasta que se cruzó con la suya.

—Serge —lo saludó.

Ya no tenía que levantar la cabeza tanto que le doliera el cuello para poder verla a los ojos y los años habían terminado de moldearle la figura a una muy parecida a la que tuvo su madre en los años previos de su muerte.

—Fátima —dijo apenas audible.

La antigua criada de los Cavalli le sonrió en respuesta.

Tuvo el impulso de alejarse, pero Fátima fue más rápida que él y lo rodeó en un abrazo que lo desarmó al instante: la libreta se le resbaló de las manos y el cuchillo repiqueteó en el suelo al caer.

Se estremeció bajo el agarre de Fátima y los hombros se le sacudieron entre sollozos cuando sus brazos se aferraron a la espalda de la única persona que le quedaba de su pasado.

Fátima se separó de él luego de unos segundos y lo observó de arriba abajo, le secó las lágrimas que corrían sobre sus mejillas y acomodó los

mechones que se habían pegado a la piel por la humedad.

De repente volvió a tener diez años y buscaba en ella la compañía que Renata se había llevado consigo.

—Está todo bien —dijo mientras le acariciaba el cabello—. No sé qué ha pasado..., pero ya estás a salvo.

Había advertido la sorpresa de Fátima al percatarse del desorden y estaba seguro de que la pestilencia era demasiado evidente.

Le hundió el rostro en el hueco de su cuello y lo acunó hasta que dejó de temblar.

—Vámonos, Serge —dijo—. No es bueno seguir aquí.

Y él asintió, demasiado cansado para pensar.

*

La casa de Fátima era sencilla. La luz blanquecina se filtraba poco por las escasas ventanas y el aire parecía asentarse, cálido al respirar. Daba la impresión de haberse mudado hacía poco, porque las cajas aún sin abrir llegaban hasta el techo y montones de ropa permanecían regadas por el suelo.

—Bienvenido —dijo Fátima mientras apartaba una cortina que hacía la función de puerta en una de las habitaciones—. Puedes quedarte el tiempo que quieras, después de todo, no tengo muchas visitas y la casa suele estar muy silenciosa.

—Mhm-hmm.

—¿Tienes hambre? —preguntó al rato, después de que descargara la bolsa que le servía de maleta. Al no escuchar respuesta, se acercó a él y le tocó el hombro con cuidado—. ¿Serge?

Serge volteó hacia ella, con los ojos abiertos por completo y la mandíbula caída. Parecía que acababa de llegar de algún sitio muy lejano, igual de desconocido para él como para Fátima, que lo observaba preocupada. Había evitado hablar al respecto de lo que sucedió en el viejo hogar, pero tal vez era momento de traerlo a la conversación antes de que fuera más

difícil.

—Toma asiento, por favor.

Lo guio a través del laberinto de cajas hasta el comedor y le ordenó sentarse en lo que ella preparaba dos cuencos con pasta a los que Serge apenas reaccionó en cuanto los tuvo al frente.

—Ahora come.

Obedeció, movido por la inercia, sin percatarse de los rugidos de su estómago por los días de hambre.

—¿Mejor?

—Sí, Fátima —dijo Serge, mucho menos distante que antes—. Gracias.

—Luego añadió—: ¿Qué fecha es hoy?

—Seis de junio.

—Ah —susurró mientras fruncía el ceño. ¿Había pasado tanto tiempo?

—¿Serge? —Fátima acercó su silla a la de él y le puso una mano sobre el huesudo hombro.

—Estoy bien —se limitó a decir, aún con la mirada perdida en el cuenco.

No recordaba la última vez que había probado bocado caliente y no se imaginó extrañar tanto la sazón de su antigua nana. Tragó de nuevo hasta casi atragantarse. En cuanto devoró toda la cena alzó la mirada y por fin Fátima advirtió en los ojos de Serge un extraño brillo que le erizó la piel de la espalda.

Carraspeó antes de hablar.

—Ahora me vas a contar qué hacías allá. Rosario me llamó hace meses y me dijo que te habían adoptado. ¿Te regresaron de nuevo?

Serge lamió la salsa del plato y negó con la cabeza.

—Me escapé. ¿Rosario y tú hablaban mucho?

Escuchó el largo suspiro que soltó Fátima y volcó la atención en ella.

—No siempre, pero solía mantenerme al tanto cada mes... O bueno, así era mientras estabas en el hogar. Esa fue la última vez que hablé con ella.

—Recogió el cuenco vacío y caminó hacia la cocina—. ¿Quieres más?

Serge soltó el aire que mantenía retenido y temió caerse de la silla, mareado de repente.

—Murió. —Y corrigió—: la mataron.

Fátima dejó la olla a un lado, con la nueva porción de pastas a medio tomar.

Los años que habían pasado le cayeron de golpe y Serge notó cómo se le envejecía el rostro y se volvía frágil su cuerpo en pocos segundos. Fátima se encorvó sobre el mesón, la cabeza se le hundió entre los hombros y tardó un par de minutos en recomponerse. Para cuando volvió a su lado, no se había desprendido todavía de la oscura nube de las malas noticias.

—¿Cómo?

—Creo que llevaba algunos días así hasta que llegué... —dijo Serge mientras evadía la intensa mirada de Fátima.

—¿Fue un robo?

—Tal vez —respondió, sin creer por completo en sus palabras—. Movieron sus cosas de lugar.

Fátima pestañeó varias veces como si cayera en cuenta de algo y alisó un largo mechón de cabello entre ambas manos.

Recordó la última cena que tuvo en el seno de su quebrado hogar, sin madre o padre en la mesa, y solo en compañía de la joven nana que le llevaba pocos años de diferencia y su hermano menor, que solo sabía llorar.

¿Fátima recordaba esa noche de la misma manera que él?

Para el día siguiente, Luciana le arrebató su casa y la única persona que le quedaba, y ahora alguien más había hurgado en su vida, llevándose lo poco que tenía consigo.

Quiso preguntarle qué había sido de ella todos estos años, más allá de la breve plática que mantenía con Rosario; sin embargo, volvió a tardar demasiado y fue ella quien habló primero:

—Ya está tarde, Serge. ¿No irás a dormir?

Él asintió, se levantó sin verle y caminó con los pies arrastrados hasta la habitación en la que guardó sus cosas horas atrás y cuando estuvo a

punto de cerrar la puerta tras de sí, observó de nuevo a Fátima al otro lado del pasillo.

Ella le obsequió una suave sonrisa, apretada y temblorosa, igual a la de la noche en que lo acostó en su pequeña cama. «La señora Renata no podrá despedirte más, pero te prometo que vendré cada noche», le dijo en esa ocasión mientras le llevaba la gruesa cobija hasta las mejillas.

—Descansa, Serge.

Y se forzó a regresarle el mismo gesto a pesar del cansancio que tiraba hacia abajo cada músculo de su rostro.

Capítulo 13

PACIENTE 12

El olor del desayuno caliente lo despertó por la mañana. Fátima lo llamaba desde el comedor donde la comida lo esperaba de nuevo. Era extraño verse de nuevo bajo el techo de una casa de verdad, como si Rosario no existiera, ni su tía, ni Haines, ni nadie. Solo él y Fátima, igual que tiempo atrás.

—Gracias —dijo luego de saludar.

Fátima le acarició el cabello. Una sonrisa iluminaba su rostro a pesar de las notorias ojeras que llevaba bajo los ojos; y aunque Serge decidió no preguntar al respecto, se vio impulsado a hacerlo.

—No te preocupes —respondió Fátima—. Un mal hábito mío, dormir tarde y despertar demasiado temprano. Hice algunas llamadas. A la policía.

Serge levantó ambas cejas, intrigado.

—¿Por Rosario?

Luego de un largo suspiro, Fátima asintió. Serge sabía que tarde o temprano deberían retirar el cuerpo de su madre y hermanos de la vieja iglesia, limpiar el desastre y ocultar el terror que habían visto sus paredes. Y aquel era el momento, cuando desprendían lo único que quedaba de ella.

—¿Cuándo? —añadió.

Fátima toqueteó con gesto nervioso el reloj en su muñeca. Al mirarla mejor, Serge advirtió que no solo se trataba de los oscuros párpados: había algo más dentro de ella que parecía ocultar incluso de sí misma.

Y él podía darse una idea de qué se trataba.

—Esta tarde se hará una pequeña ceremonia. No más de veinte personas, creo —dijo, con las manos apretadas contra la taza caliente.

—¿Vamos a ir?

Fátima suspiró y dio un sorbo a su bebida.

—Si quieres. Viste algo que a tu edad no deberías. Si es demasiado para ti, no tienes por qué ir...

—Quiero ir —interrumpió Serge.

—Está bien. —Se levantó de la mesa sin decir ni una palabra más y solo hasta que creó entre los dos una distancia prudente, añadió—. Sé que tienes muchas preguntas, Serge. Te prometo que hablaremos al llegar.

—Bien. —Apretó la incómoda sonrisa y se puso en pie—. Iré a ver el resto de la casa.

Sin darle tiempo a que respondiera, Serge se alejó del pequeño espacio destinado al comedor.

Todo al interior de aquellas paredes era diminuto a comparación de la casa de sus padres y del orfanato, pero desprendía la misma calidez que había encontrado en las otras dos. El sol se filtraba por cada rendija y proyectaba la luz de las telas que colgaban en el blanco tapiz, volviéndolo de colores. Caminó distraído hasta que la silueta de otra persona le sobresaltó un segundo antes de percatarse de que se trataba de su reflejo en el espejo largo al interior de la habitación principal, la única que no alcanzaba el sol.

Había evitado contemplar el deterioro de su propia imagen después del daño que Luciana le provocó. Si antes fue difícil, ahora era imposible encontrar en él el recuerdo que tenía de mejores años.

Deseó nunca encontrarla. Alejarse de ella, ¡solo esta vez!, no volver a escuchar su nombre y olvidar que corría la misma sangre por sus venas.

Las rodillas le flaquearon y se vio obligado a ponerse de cuclillas. Las piernas le temblaban y oía el sonido de sus dientes, más fuertes que la voz de Fátima llamarlo desde el otro extremo de la casa.

Se sorbió los mocos y limpió fuerte las lágrimas que habían logrado escapar hasta que la piel del rostro quedó enrojecida.

Dio un respingo cuando sintió el peso de una mano sobre sus hombros

—¿Serge? ¿Qué haces aquí? —Le hizo girar hacia ella y entonces observó los ojos enrojecidos en medio de las sombras. Le alisó el cabello con fuerza y lo atrajo hacia ella—. ¿Estás bien? ¿Pasó algo? ¿Qué ocurrió?

Meció el cuerpo de Serge hasta que las sacudidas cesaran y su respiración se tornara tranquila de nuevo.

—Todo es su culpa, su culpa, es su culpa —susurró.

—¿De qué hablas? —Pero no recibió respuesta y los espasmos cobraron fuerza.

Sostuvo a Serge como si volviera a ser el pequeño niño que acababa de perder a sus padres y ella, de nuevo, era lo único que tenía para consolarlo. Y esta vez lo haría.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que Serge se retiró de su abrazo. Se le habían acalambrado las piernas y el frío cosquilleo en la planta de los pies le molestaba desde hacía un rato, pero no se había atrevido a moverse de su posición hasta que él no lo hiciera primero.

Cuando tuvo frente a sí el rostro de Serge, secó con cuidado la humedad de sus mejillas y retiró los mechones que se habían pegado a su piel.

—¿Está todo bien?, Serge, ¿qué sucede?

Serge evitó su mirada.

Volvió los ojos hacia las baldosas y de ahí a las cajas amontonadas junto a la puerta. Retiró las manos de Fátima de encima suyo y a pesar de la expresión preocupada de su antigua niñera, se puso de pie y le ayudó a hacer lo mismo.

—Solo recordé a Rosario, es todo.

—Entiendo —dijo después de un rato—. No me imagino lo duro que debe ser para ti..., de nuevo pasar por esta situación.

—Es verdad —soltó con dureza—. No lo sabes.

Salió de la habitación de Fátima y caminó hacia la suya. Para ese entonces el sol había perdido fuerza y desde que buscó un traje adecuado para la ceremonia de Rosario hasta que se subió en la Vespa detrás de Fátima, las horas pasaron y los matices anaranjados de la tarde se convirtieron en el oscuro azul de la noche.

—¿Estás seguro de que quieres ir? —preguntó Fátima mientras se colocaba el casco y le tendía uno a Serge—. Podemos ir a otro lugar si quieres y la visitarías mañana.

—No. Necesito despedirme de ella ahora.

Fátima apretó los labios y asintió en silencio.

El rugido de la moto hizo que Serge cerrara los ojos y Fátima rio al verle con el rabillo del ojo.

Y deseó poder reír más, por más tiempo, pero a medida que se acercaban a su destino, la sonrisa se volvía más difícil de mantener y las conversaciones entre paradas eran casi inexistentes.

Al doblar la última esquina ya eran inconfundibles los enormes pilares gastados de la funeraria, apenas era capaz de respirar. Y estaba segura de que Serge se sentía de la misma manera por la forma en que se aferraba a ella y hundía los dedos en su cintura.

Palmeó las manos de Serge cuando fue el momento de bajar, primero él, con pasos temblorosos y después ella. Le frotó los brazos, que comenzaban a enfriarse y le guio por los corredores de piedra hasta la capilla de la que se escuchaban los cánticos en honor de los fallecidos.

Como Serge esperaba, apenas había personas suficientes para llenar un par de sillas, y el sacerdote que dirigía la ceremonia no disimuló su asombro al observar el ingreso de nuevos asistentes.

—...te encomendamos sus almas y te pedimos que los recibas en tu amoroso abrazo... —rezó—, y te encomendamos nuestras oraciones, por su eterno descanso y para encontrar la fortaleza y consuelo...

La misa fue sencilla y rápida, lo suficiente como para cumplir con el deber, pero no para perder el tiempo en ello, y una hora después, el primer ataúd ya estaba cubierto de tierra y comenzaban a bajar los más pequeños. Los pocos asistentes lucían devastados, al igual que el sacerdote que parecía acabar cada plegaria más rápido que la anterior, pero Serge solo podía pensar en la imagen de los cadáveres de Rosario y sus hermanos debajo de la madera.

Cuando hubo terminado todo, Fátima le guio hasta una banca que rodeaba el jardín de la funeraria, iluminado por varias farolas. El agua de la fuente en medio salpicaba y regaba las flores, y las gotitas frías le caían sobre las manos como la lluvia.

Fátima le hizo verla.

—No solo me hablaba con Rosario —dijo.

Serge alzó ambas cejas, al principio confundido.

»Lo que quiero decir —continuó, mientras se removía incómoda sobre su asiento—, no solo he tenido contacto con ella desde que salí.

—¿Saliste? No entiendo.

Fátima bajó la cabeza y soltó todo el aire que había contenido. La mano que le sostenía se volvió sudorosa y su tacto frío y tembloroso.

—¿Fátima?

Ella carraspeó y secó los ojos que empezaban a humedecerse, pero tan pronto como el nudo se deshizo en su garganta, las primeras gotas de lluvia cayeron sobre ellos y ahogaron sus palabras:

—Supongo que tendrás varias preguntas de lo que pasó después de que... —dijo—. De que fuera acusada de lo que le pasó a tu hermano...

Serge tragó saliva. Tuvo el impulso de retirarse, pero le fue imposible siquiera mover un músculo, como si algo tirara de él y lo obligara a permanecer sentado.

»Estuve un par de años en una de estas instituciones de rehabilitación, ¿sabes? Aunque no estuvo tan mal. —Trató de forzar una sonrisa, sin embargo, el gesto fue poco más que una mueca de disgusto que Serge logró captar—. Estudié y trabajé, y tuve mucho, mucho tiempo para pensar en las cosas. En por qué estaba ahí, en primer lugar. ¿Había sido real? ¿Había lastimado al pequeño Martín?

—Fátima, yo... —tartamudeó, mas no terminó la frase.

—Siempre tuve tantas dudas al respecto. Y afortunadamente alguien creyó en mí. Gracias a él estoy aquí.

—¿Es él con quien te hablas? —preguntó Serge mientras Fátima le pasaba los dedos entre el cabello húmedo—. Es tarde y llueve, vámonos ya, Fátima.

Negó con la cabeza y continuó por su cuenta después de levantarse y guiarlo de la mano hasta la Vespa que esperaba en la calle, como si hablara con sus propios recuerdos:

—Las pruebas..., todo indicaba lo mismo. Era imposible que hubiera sido yo.